Aquello que fuimos

Angel Valbuena

Capítulo 1

I

Finalizada la mudanza, después de descargar y revolver entre las últimas de las cajas, me tropecé con una de mis más curiosas pertenencias: una foto. Una foto que creí perdida hace ya años, después de culminar mis estudios en la universidad.

Jamás habría pensado o habría siquiera creído que semejante objeto, tan pequeño, tan común, pudiera reaparecer de la nada en medio del desastroso revoltijo de una mudanza. Mucho menos tratándose de esta, la tercera, la más caótica que haya experimentado jamás.

¿Podría creerse, de manos de cualquiera, que semejante foto todavía exista? No lo creo. No lo creo porque sé que hasta su nombre se ha evaporado de la mente de aquellos que alguna vez lo conocieron.

Y es que todavía recuerdo a aquel muchacho pelirrojo que conocí cuando me obligaron a vivir muy lejos, con mi padre, en un olvidado pueblo en las montañas.

Sí, todavía lo recuerdo: Luca.

También evoco a aquel que fui en aquella época. Ahora todo es tan distinto que, de una u otra manera, me siento desplazado, casi tanto como el tiempo desplazó a Luca de la memoria del mundo. Un mundo que tampoco le dio una oportunidad en su momento, así como casi me la arrebata a mí y no se lo permití.

Bajo ninguna circunstancia o término le permití pasar por encima de mí porque ya no era aquel chico inmaduro y débil. Ya no era aquel niño víctima de quien todos se aprovechaban cuanto les venía en gana. Había dejado de ser aquel juguete con el que cualquiera se descargaba cuando

no tenían con qué.

Ese muchacho débil, al crecer, aprendió lo que muchos no aprenden, soportó lo que muchos no soportan y vivió lo que a muchos les obliga a suspender su existencia sobre esta tierra: crecí. Simple y llanamente eso: crecí. Pero no Luca.

"Jacob y Luca. 15 de agosto. 198?"

La letra de mi padre todavía adorna la parte trasera de la fotografía. Sin duda alguna, es la misma tinta negra que usaba para firmar aquellos documentos importantes referentes a su tan detestable trabajo. Es como si recién lo hubiese escrito.

Mientras, me ahogo en el extraño sentir de haber vuelto a aquellos días, de virado hacia atrás todos y cada uno de los relojes y viajado, súbitamente, hasta la hora en que mi cuerpo reposaba en los doce años.

La vida me era extraña. Todo me era extraño.

Las calles, las casas y autos, los rostros, las voces y demás. Todo me era absurdamente incómodo porque nunca había salido de las mismas cuatro paredes. Jamás me había alejado tanto del barrio. A duras penas había tratado a la poca gente que deambulaba por la antigua casa.

Las cosas habían cambiado su curso tan repentinamente que, en mi cabeza, todo se mantuvo siempre al margen de mí mientras yo permanecí como en pausa, al margen de todo y de todos.

Esa había sido la manera más sencilla con la que mi subconsciente fue capaz de soportar la fugacidad de las cosas, con la que mi memoria pudo configurar la exasperarte prisa de todos los hechos que se habían ido acumulando en mis narices.

Pasé de vivir en una ruidosa ciudad a un silencioso pueblo que, por mucho tiempo, consideré fantasma. Pasé del amor incondicional de mi madre a convivir forzosamente con aquel desconocido sujeto que, todavía, se hacía llamar mi padre.

No lo soportaba. Ni a él ni las decisiones que se habían tomado sin siquiera considerarme en aquel entonces. En todo caso, nunca se discutió abiertamente el porqué de todo aquello.

Deambulé como a ciegas por largo tiempo preguntándome, una y otra vez, qué había obligado a mi madre a abandonarme frente a las puertas de aquel hombre. De a poco fui olvidándome de ello, así como iba

olvidándome de mi padre mientras vivía con él en aquella casa.

Recuerdo la camiseta azul que solía vestir en aquellos tiempos, como también la verde que llevaba Luca, porque era mía. El azul siempre había sido mi color favorito y, por lo tanto, esa camiseta (la única azul que tenía entonces) no me la quitaba casi nunca, así como Luca tampoco se quitaba la verde.

¿Por qué, por tantos años, he estado huyendo de estos recuerdos? ¿Por qué es que, precisamente hoy, reaparece esta fotografía olvidada por el tiempo?

Es una carga de consciencia. Un castigo material, impuesto en el más diminuto y frágil de los objetos, para así retorcer al más herido de todos los corazones, a la más fregada de todas las consciencias.

Sí, es un castigo. Recordar es un castigo sin importar qué, cuándo o dónde. El pasado, por mucho que haya quedado ya distante y superado, dolerá hoy, mañana y siempre… por los siglos de los siglos.

De eso se trata la vida. De ahí venimos y seremos siempre: pasados y recuerdos, recuerdos y pasados, uno devenido del otro y viceversa.

Como un reloj de agujas paralelas que no dictan la hora, sino la memoria. Un reloj que fragmenta los tiempos para detener todos los presentes por un pasado en concreto. Así como lo hace esta fotografía justo ahora.

Sería mucho decir, pero, admitirse nada ante la memoria es una cuestión casi tan estúpida como jugar a la ruleta rusa. Incluso me atrevo a proclamarlo como más peligroso: es algo mortal.

No es más que otra de las facetas de una muerte lenta. Una muerte secreta, silenciosa y furtiva que, desde adentro, se hace de todo para deshacerlo todo también. El tiempo es lo de menos.

Capítulo 2

II

Se devienen tantos recuerdos, así de la nada, que los siento correr como roedores dentro del cráneo. Una cosa es segura: no he olvidado absolutamente nada todavía.

Aquellos años no se aplacaron con el pasar de las edades, con el correr de los relojes, con el cambiar de las ropas. Y tampoco Luca.

Como si se tratase de una especie todavía sin descubrir, oculta entre las inalcanzables y misteriosas sombras del mundo, la memoria juega, en cada cabeza, un rol imposible de descifrar del todo.

Ahí es donde Luca espera, pacientemente, su retorno, su volver a nacer, vivir y, evidentemente, morir como lo haré algún día. Pero no es posible todo aquello. No es posible para nadie cuyo reloj haya dejado de funcionar antes de lo debido, antes de lo previsto. Solo les queda vivir en la memoria, como Luca.

El momento en que nos conocimos, tal cual como ocurrió, yace impreso todavía en esta memoria que se niega a dejarlo ir a donde sea que pueda irse, de ser posible.

Todavía puedo sentir sobre la piel el frío soplido del viento que se escurría entre los árboles aquella mañana en que el mes de mayo diría luego adiós. Era, al igual que todas las anteriores, una mañana de descontento, de rabia y de huida.

Había dejado, una vez más, hablando solo a mi padre mientras dejaba la mitad del desayuno sobre la mesa. Me marcharía, como lo venía haciendo desde hace casi ya tres meses, por la puerta de atrás, tomaría mi bicicleta

y despegaría a la velocidad del diablo hacia ninguna parte.

Miento. Iría al que consideraba ya mi sitio de paz. Iría al único sitio que, al parecer, nadie en aquel olvidado lugar recurría, ni siquiera durante los días calurosos. Pero no lo haría inmediata-mente.

Primero, a punta de pedaleos, mermaría un poco el infierno que vociferaba idioteces en lo más profundo de mis pre-adolescenticos pensamientos.

Eso no tomaría más que unos cuantos minutos. Minutos que, día con día, me permitieron conocer y memorizar cada tramo, cada esquina, cada mancha y cada sonido de aquel pueblo fantasma.

Luego solo pedalearía hacia el norte, muy al norte, siguiendo el rastro de un borroso, pero todavía visible, camino cerca de los terrenos de la casa del señor Campbell.

Fue solo cuestión de suerte, a decir verdad. No cualquiera se pondría a deambular por ahí, a ciegas, buscando un algo que tal vez ni exista.

Pero yo no era cualquiera. Era quien era: un extraño en una tierra desconocida poblada por otros cientos de gentes, igual desconocidas.

Inclusive mi padre me era desco-nocido. Su voz, su mirada, su presencia. Todo en él me era invasivo y tedioso.

Solo me quedaba huir. Pedalear y pedalear por ese sendero, hacia el norte, hasta perderme entre los fríos verdes de aquel bosque durmiente.

Luego me detendría a un lado del sendero, ocultaría la bici bajo las salientes raíces de un árbol antiguo, tomaría la mochila que allí resguardaba y bajaría varios metros, a pie, hasta llegar a un hermoso y olvidado lago sin nombre.

Apenas y se sentía ruido alguno en medio de aquella nada. Solo se sentía el viento. Solo me escuchaba el viento. Solo me habitaba el aire mientras visitaba, nuevamente, aquella tierra que acariciaba con mis descalzos pies.

Desaparecía todo. Para mí era así y lo seguiría siendo por largo tiempo. Ya no extrañaba nada ni a nadie mientras mis pies, arropados por aquella tierra húmeda, echaban raíces y lo drenaban todo lejos de mí.

Volvía a lo usual de las mañanas, a lo usual de mis huidas, a lo usual del que se siente extranjero: la nada, el vacío y el silencio.

Tomaría de la mochila mi cuaderno de dibujos, lápiz y goma de borrar y, así como sucede con los artistas, me perdería en mis jóvenes intentos de crear vidas aleatorias y mundos irreales.

Porque, en ese tiempo, me negaba a escribir palabra alguna de las tantas que había heredado de mamá. Porque su talento lo sentí como una maldición entre mis propios dedos cuando, por vez primera, recurrí al lápiz y al papel.

No quería volver a esas sensaciones. No pretendía volver a sentirlas por lo brusco de su fuerza, por lo invasivo de su intensidad. Por ello prefería practicar aquello que, con dificultad, heredé de la abuela. Así debía ser mientras la ingenuidad me durase, mientras la corta edad permanecía así, corta.

Permanecí recostado junto a una enorme roca, lisa, limpia y brillante, mientras mi mano hacía su baile a lo largo y ancho de la página. El diminuto lienzo se volvía tan interminable como el cielo mismo. Tan amplio y eterno.

No sé cuánto tiempo permanecí ensimismado en aquel trance —porque nadie toma el tiempo que usa para desahogarse en lo que sea, solo lo hace— cuando un ruido a mis espaldas me hace recoger las piernas y ocultar mis zapatos a mi lado.

Quedé tan quieto como una estatua.

Eran risas, fuertes y malévolas risas las que se acercaban por el sendero. Pude contar cuatro diferentes tonos de voz y, cuando estuvieron lo suficientemente cerca, pude reconocer una de ellas: Anton Dubois, mi vecino de 17 años.

Cruel y despiadado, traía consigo, a la fuerza, a un chico que lloriqueaba mientras sus acompañantes lo arrastraban desde el sendero hasta, más o menos, donde me encontraba.

Tras un ligero acto de estupidez, me asomé silenciosamente para ver lo que ocurría, solo así es que puedo contarte ahora lo que te cuento, porque pude verlo.

Detallé a cada uno de los otros dos chicos y todavía hoy no sé quién es quién, excepto Anton. Nunca podría olvidar a aquel ser que, desde mi llegada, solo sabía apagarme el sol con sus tan asfixiantes monstruosidades.

Y ese día, precisamente en ese momento, había arrastrado a otra víctima

consigo, había encontrado otro hueso para morder, otra piel para herir.

Su temible manera de sonreír me obligó a ocultarme nuevamente tras la enorme roca a la espera de un fugaz desenlace. Desenlace que tardaría un poco en llevarse a cabo.

—¿Acaso no te cansas de llorar, mariquita? –le pregunta a su víctima que solo gimotea; —Ya llegamos, como te lo prometí. ¡Aquí está el lago que querías conocer!

El chico solo lloraba. Lloraba mientras Anton, con su bífida lengua, seguía escupiendo las palabras de una manera tan suya que me provocaba un temor súbito, como si me las dijera directamente a mí.

Por un momento cerré los ojos y no pude notar el correr de los minutos, solo podía escuchar aquella voz maldiciendo al chico, golpeándolo de vez en cuando y luego, al aburrirse ya de su tan infame tortura, escuchar un golpe seco sobre la superficie del agua mientras ellos reían desenfrenadamente.

Abrí los ojos, incrédulo, y esperé que las voces desaparecieran sendero abajo. El chapoteo en el agua era incesante y agitado. Tardé un momento en hacer despertar mi cuerpo y ponerme de pie al notar que el chico no se movía del mismo sitio y que, poco a poco, lo veía menos en la superficie.

Un impulso de valor, solo eso se necesita para romper la barrera del que solo observa una injusticia y del que, muy en su interior, sabe que puede hacer lo correcto en el momento.

Así fue como, por impulso, subí a la roca de donde lo lanzaron y me arrojé, ciegamente, a las frías aguas del lago. No sé cómo hicieron para que llegase tan lejos, solo sé que llevarlo de vuelta a la orilla no fue para nada sencillo.

Empapado hasta la ropa interior, me dejé caer sobre el suelo con la batería totalmente desgastada. Cerré los ojos mientras me dejaba acariciar por los rayos del sol que, poco a poco, surgían de entre las densas nubes de aquella mañana.

El corazón me decía que estaba loco y el cuerpo me lo recriminaba, pero no podía quedarme quieto y verlo ahogarse por culpa de la crueldad de un cretino sin corazón.

Volví la mirada hacia él y noté que era tan pequeño como yo. Delgado, muy blanco y pelirrojo, fue lo primero que pude apreciar de él mientras yacíamos, uno junto al otro, tirados sobre la arena como peces fuera del

agua.

Tocía de cuando en cuando expulsando el agua que le había invadido el cuerpo mientras lentamente recuperaba el aliento, así como yo, hasta que el silencio volvió a imperar en aquel tan recóndito paraíso.

El brisar acariciaba las hojas de manera tal que su plácido y acompasado sonido los percibía como cálidos aplausos que me daba la madre naturaleza por aquella tan valiente hazaña mía.

Ahora éramos dos los extraños. Ahora éramos dos los que, en aquel círculo de silencios, parecíamos encontrar aquello que creíamos haber perdido alguna vez, aunque no sabíamos siquiera de qué se trataba.

Tras volver la mirada nuevamente hacia él, noté que también me miraba. Un dulce tono ámbar le decoraba, de manera casi mágica, el color de sus miradas.

Sonrió. Su sonrisa se me contagió y nos encontramos, de a poco, envueltos entre carcajadas sin sentido ni motivo.

Solo reíamos.

Reíamos y reíamos como un par de chiflados, un par de dementes escapados de quién sabe qué sanatorio.

Fue la primera vez que escuché su risa. Fue la primera vez que vislumbré su tan peculiar mirada y su brillante cabellera flameada. Fue la primera vez que, ante la voz de un alguien, sentía perdida mi razón de ser, mi razón de estar, mi razón de pertenecer.

—Luca. Mi nombre es Luca. ¿Y el tuyo?

Capítulo 3

III

Otra mañana de combates sin sentido y atrevidas miradas de amenaza. Esto comienza a parecer el interminable ensayo de una escena para una película que nunca será filmada.

Ni bien le doy la espalda por un segundo y ya siento el estruendo del portazo que da antes de marcharse por la puerta trasera.

Una vez más deja el desayuno a medias como un posible mensaje subliminal de algo que todavía, después de tres largos meses, no alcanzo a descifrar.

En todo este tiempo todavía no he logrado tampoco conseguir información de ningún tipo acerca del paradero de Molly Jo. Hay tanto que tengo que preguntarle. Hay tanto que quiero preguntarle. No sé por dónde empezar.

Ni siquiera en mi cabeza las preguntas han tomado forma u orden alguno respecto a las tantas cosas que tengo pendiente, referente al todo que muy estúpidamente quedó suspendido por mi culpa.

Han pasado ya siete años desde que la persona que más amé en la vida se deshizo de mí por ser un imbécil bueno para nada. Y no la culpo. Molly Jo siempre tuvo un carácter muy fuerte, uno con el que solo yo supe lidiar.

Después de todos estos años de abandono y auto desprecio, por motivos que todavía busco esclarecer, han dejado a mi hijo de 12 años a mi cargo.

Eso fue hace ya tres meses. Tres meses en los que, a pesar de vivir ahora en el mismo piso, no han servido absolutamente de nada para acortar las

fronteras que, por culpa de mi ausencia, me han tornado un completo extraño ante los ojos de quien, por mucho tiempo, esperé volver a ver.

Extrañaba volver a ser padre. Extrañaba volver a decir su nombre. Extrañaba tanto las sensaciones que su pequeña existencia le otorgaban a mi vida.

Y no logro hacer, siquiera, que me mire a los ojos por más que unos cuantos segundos. Que me escuche con atención. Que me dé, al menos, una mínima oportunidad de ser quien soy: su padre.

Al menos le ha dado uso a la bicicleta que le regalé. Tal vez le cedí una excusa para poder huir cada vez que quiera al entregarle semejante vehículo, pero, hasta cierto punto, lo entiendo.

Para él solo represento la imagen de un completo extraño. Solo soy un hombre con el que se le ha obligado a vivir. Un hombre que, honestamente, se siente morir cada vez que la mirada de aquel jovencito −que tanto se le parece en sus rasgos− se hace a un lado con inquietud y rabia, con fastidio y desprecio.

No he podido ser el hombre modelo para quien de verdad siempre he querido serlo. Porque ser padre es como ser un Rockstar que trata de ganarse a la audiencia demostrándole que entiende su rebeldía, que entiende su vida y su sentir. Respecto a todo ello: soy un completo fracaso.

Jacob sigue siendo un baúl repleto de secretos. Secretos que, por mucho que lo intente, no alcanzo a develar. Sin importar lo mucho que quiera descubrirlo, lo mucho que quiera desensamblar ese baúl y dejarlo todo a simple vista, mis esfuerzos son más patéticos cada vez.

¿Soy un mal padre? Si estuviera aquí me lo diría a gritos y sin advertencia. Mi querido Jacob...

Capítulo 4

IV

Prometí enseñarlo a nadar. Un poco estúpido de mi parte porque no era muy diestro que digamos en las artes de los hombres pescado, pero, en fin.

Había pasado mucho tiempo a solas ya en aquellos parajes y, finalmente, como caído del cielo, apareció Luca de ninguna parte –como yo en un principio–.

Y solo nos bastó aquella demente mañana en la que, de cierto modo, le agradecimos a Anton, en silencio, su asquerosa existencia para así volvernos muy buenos amigos.

Sería a partir de una casi tragedia que nacería, en mi historia y en la suya, un punto y aparte, un reinicio, un renacer.

Estaba seguro que, a diferencia de mí, Luca no viviría mucho tiempo en aquellas tierras y, por ello, nunca falté a ningún encuentro, a ninguna cita de juegos.

Nunca rompí ninguna de mis prome-sas. Fue ahí cuando entendí las palabras que mamá solía repetirme sobre hacer y cumplir nuestras promesas siempre.

Nunca, hasta ese momento, había experimentado la fulana palabra. Creo que simplemente esperaba por alguien como Luca.

No, corrijo: simplemente esperaba por Luca. Porque, a los 12 años, nadie es lo suficientemente apto si no nos comprende a la primera cuando se

vive a la deriva de una normalidad familiar.

Porque sentí a Luca como mi familia desde el momento en que me miró con esos ojos de fantasía. Y es que tenía una manera muy particular de hablar, así como casi todo en él era particular.

No había conocido nunca antes a nadie de cabellos rojos o miradas color ámbar y eso, de él, me embriagaba la curiosidad.

Estaba loco. Es algo que no podría olvidárseme de él ni en chiste. Siempre tenía algo que decir, lo que sea, fuese real o no, porque tenía una imaginación envidiable.

Y su voz, de alguna manera, formaba parte de aquel juego de falsas realidades y verdades oníricas porque, de maneras hip-nóticas, te hacía creer en todo cuanto can-taba, gritaba, decía o murmuraba.

Esa era, sin la menor de todas las dudas, una de sus más grandes virtudes: era un incomparable manipulador de realidades. Un bocón extraordinario.

La tarde del mismo día, luego de nuestra aventura acuática, opté por no dejarlo ir a ninguna parte que no fuese a la que llamaría, a partir de entonces, mi casa.

Por algún motivo mi invitación parecía ser algo nuevo para él pues, ni bien dije lo que dije, su rostro se tornó casi tan rojo como el tono de su cabello.

Me pareció tan gracioso aquello que, ahora que me vuelve su expresión a la memoria, no puedo evitar dejar escapar una leve pero nerviosa risa.

La nostalgia vuelve, siempre, teñida de recuerdos y estos, normalmente, vienen teñidos de aquella juventud ya vivida, ya padecida, ya disfrutada.

Sigo pensando, a partir de este punto, algo que –por meras casualidades del destino– pensaba antes de toparme con semejante objeto: ¿qué tan diferentes ha-brían sido las cosas? ¿Qué tan diferente habría sido yo?

No lo sé.

Tal vez hablaremos un poco sobre de esto, pero no ahora. No ahora que Luca ha vuelto a mí, como lo hizo en repetidas ocasiones, mientras nos aventurábamos a ciegas por aquellas tierras de nadie.

No ahora, porque la hora no es propicia todavía y nos quedan muchas cosas por contar de aquellos días, de aquellos tiempos, de aquellos momentos que tendrán vida solo y únicamente hasta que se agoten mis

relojes.

Entonces Luca, con su maravillosamente ingenua voz, intentó –como todos lo hemos intentado alguna vez– excusarse con lo primero que había logrado zafarse de la memoria y así evadir la invitación.

Su rostro seguía sonrojado mientras entretejía una mentira sin mirarme a los ojos para no admitir algo que, incluso para mi yo del momento, reconozcía como vergüenza. Una palabra tan necia como su significado y el peso que conlleva.

Aprendería, de muy malas maneras, a conocerme y reconocerme en ciertas actitudes que Luca solía tomar frente a cualquier persona que no fuese yo. Aunque de vez en cuando las tomaría conmigo, así como justo había hecho en el momento de mi invitación.

No quise presionarlo, aunque, luego de pensarlo por un momento, luego de que se atreviera a devolverme la mirada, le advertí que no le permitiría negarse para la siguiente ocasión.

Solo sonrió. Muy nerviosamente, por cierto. Sonrió por largo rato mientras, en silencio, caminábamos a lo largo del sendero que nos llevaría de vuelta a casa.

La tarde había empezado a agotarse.

La tarde había empezado a desvariar como lo hacía Luca, de tanto en tanto, diciendo cuantos disparates jamás había escuchado de ningún otro. Buscaba hacerle olvidar al que nunca olvida. Intentaba distraer al que nunca deja de estar, de ver ni sentir.

—No pretendas hacerte el demente que no olvidaré lo que dije.

—¡Pero eso no es justo! – recriminó él.

—Entonces deja de decir que no y ya.

Se mantuvo en silencio. No volvimos a hablar de ello hasta que vimos que caminar lentamente por el sendero no había sido una muy buena idea.

La oscuridad ya nos había alcanzado por completo al momento en que, a toda velocidad, salimos disparados cerca de los terrenos del señor Campbell con los nervios de punta.

Al final, y entre sustos, Luca prefirió volver conmigo a casa.

Capítulo 5

V

Perderme entre recuerdos me ha hecho olvidar del todo los tiempos del presente que me circunda.

Preparaba café. Lo había olvidado mientras enumeraba en mi cabeza, una a una, las aventuras que viví con Luca durante aquellas falsas vacaciones.

Esto me ha despertado un interés peculiar con respecto al contenido de aquella mística caja.

No recuerdo haberla empacado en ninguna de las mudanzas anteriores y, mucho menos, en esta de ahora. ¿De dónde proviene? ¿De qué grieta del mundo salió semejante cofre de tesoros memó-ricos?

No importa mucho siquiera intentar responder estos vacíos existenciales que, en todo caso, solo saben repletar la existencia misma.

Es como si tomaran todos nuestros tiempos presentes y los arrastraran hasta el más oscuro y diminuto rincón del existir donde poco a poco le extirparían, a cada uno, todos y cada uno de los pasados que traen a cuestas.

Una tarea tan ardua, tan temible y tan bastarda como lo pudiera ser cualquier tortura. Porque así es como he de llamarle cada vez que se me vienen a la boca preguntas como aquellas: son una tortura que mancillan siglos y siglos de total amargura en tan solo una milésima de segundo.

Y nos preguntamos cada diminuta cosa devenida de cualquier mínima acción. Un simple saludo, que es tan normal en lo cotidiano, para la mente y el recuerdo puede significar –por muy fatalista que esto suene– el

principio del fin.

Porque nos preguntamos, incluso desde antes del saludo en sí mismo, el cómo lo vamos a hacer o decir.

Ya para entonces lo habremos hecho, una y otra vez, sin terminar de resolver aquellas inagotables preguntas que, de una u otra manera, terminan reapareciendo disfrazadas de otros temas, de otras gentes, luciendo otros nombres, otras caras.

Siempre la misma mierda, una y otra vez, tal y como lo dictamina el tiempo en sus falsas escalas del uno al doce.

Entonces me quedo pensando, así de la nada, mientras tomo del café que creía estaba aún caliente, mientras miro de nuevo tan peculiar reliquia, mientras vuel-vo a escuchar la voz de mi padre.

A veces puede parecernos insólita la memoria por la manera en que trae, desde ninguna parte, todo un catálogo de sentimientos, emociones, sensaciones.

Todas tan variadas y tan unificadas. Todas tan distintas entre sí, pero siempre tan iguales. Así como aquella sensación de apego que nació en mí a causa de Luca. Una sensación que, hoy día, sigo creyen-do era tan igual a la que solamente mamá podía generar en mí.

Así mismo, un regocijo sin nombre surgía de mí cuando aparecía sin siquiera avisar, como si me leyera la mente en los exactos momentos en que me decía, con una insistencia visceral, que me quería morir.

Luego aparecía, con esa tan abstracta bipolaridad suya de ser y no ser el niño callado, el niño absurdo, el niño penoso o el niño aventurero. Recordarlo me roba, como en aquellos días, una que otra sonrisa.

¿Cómo habrían resultado las cosas de no haber sido como dictaron los dados del destino? Otra pregunta vacía para los andenes de la existencia per sé.

Cuenta atrás el tiempo nuevamente, mientras vislumbro, por la ventana, la todavía tenue luz de un sol que ni nace ni se oculta, como los relojes de la memoria. Un sol que se queda estático a la par de las arenas que sopla el viento de un pasado tan distante de mí como las nubes que flotan en el cielo.

Y ahí estaba Luca, en la puerta principal, tocando el timbre una y otra y otra vez, hasta que Marshall, mi padre, le abre la puerta para saludar.

Me asomé y fue entonces cuando lo ví vistiendo un camuflaje militar en tonos grises junto a unas bermudas de jean con un tono azul lavado.

Hasta lucía más infantil de lo habitual. Tal vez se debía a los colores o quizá por que andaba sonriendo demasiado, no lo sé.

Marshall solo le pregunta cosas refe-rentes al señor Dubois −su padre− y al señor Dubois −su tío−. No dijo mucho antes de escurrirse hasta la que, entonces, llamaba mi habitación después de hacerle un par de señas rápidas.

−Creí que no te vería hasta el sábado.

−Era mucho tiempo ¿verdad? Así que insistí en no querer acompañarlos. Costó, pero aquí estoy.

−¿Y Anton? Te tocará lidiar con él.

−Se irá solo dos días. Debo aprovechar.

Y lo dije de una manera muy peculiar: entre alegre y afligido. Está consciente respecto a la fugacidad de la alegría para, luego, toparse con la cruenta realidad que desglosa lo que persiste en lastimar, como agujas sobre la piel, todos nuestros más latentes y humanos sentidos.

Me fue muy difícil acostumbrarme a esas expresiones tan ambiguas que, paulatinamente, se fueron acentuando con el madurar de nuestra tan joven amistad.

El día recién empezaba, aunque la hora era ya tardía. Solo quedaba el polvo revoloteando tras nuestra marcha mientras trazamos, sendero arriba, huellas con las bicicletas.

Era cuando nos olvidabamos del mundo, porque el mundo ya se había olvidado de nosotros, excepto el lago.

El lago seguía ahí, colina arriba, a la derecha para luego ir bajando nuevamente hasta llegar a sus gloriosamente húmedas orillas, con sus hermosamente cristalinas aguas reflejando los tibios rayos de un sol de media tarde.

−Empezaba a extrañarte.

Capítulo 6

VI

Solo consigo excusas y más excusas. Solo desprecios y miles de silencios.

Nadie dice nada. Nadie explica nada. Nadie es siquiera capaz de decir su nombre, sea antes o después que yo.

Creo ser el único capaz de hacerlo, como si de alguna manera la tierra se la hubiese tragado y solo yo pudiera recordarla tal cual era ella.

¿Qué ha sucedido contigo, Molly Jo? ¿Dónde carajos te has metido? ¿A qué condenado agujero has saltado para no alcanzar a encontrarte en todo este tiempo?

Necesito entender ciertas cosas, entenderlo a él y entender todo lo demás que, tú sabes, es mejor no mencionar en voz alta.

Puedo asegurarte, Molly Jo, que Jacob está muy bien. Finalmente ha encontrado a alguien con quien ser el mismo chico que, seguramente, fue ante de llegar a este olvidado lugar.

No esperaba que supieras dónde encontrarme, aunque, creo que fui demasiado obvio al buscar asilo aquí. ¿Recuerdas el lago, cierto? Jacob ya lo conoció y se enamoró de él. Creo que hasta eso lo heredó de ti: esa extraña y mágica conexión con el viejo Lago Merenell.

Lo veo y me recuerda mucho a mí mismo, pero solo por su rostro porque, de resto, eres tú y solamente tú.

Lo amo, aunque no me lo permita. Lo amo, aunque me mire como lo

hiciste, precisamente, aquella última vez, aquella única vez.

¿Le contaste sobre mí para que me odie tanto? No lo creo. Siempre lo callaste todo para todos, excepto para mí. Solo a mí podías decírmelo todo: lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, lo agradable y lo detestable, porque así era yo.

Ese era yo, todo el tiempo a toda hora. No lo soportaste mucho. No lo soporté tampoco después de desaparecer.

¿Quién era yo en aquel entonces? Otro imbécil más desparramado sobre la acera, ahogado en vómito y con el cerebro a medio freír. Después de perderte, después de perder a Jacob, la muerte fue mi único y más constante pensamiento.

Pero me acobardé también hasta para desaparecer. Tú entiendes eso mejor que nadie porque sabes en quién me convertí. De cierto modo, ver a Jacob y a Luca me recuerda quienes fuimos alguna vez.

¿Por qué volví a este lugar? Por ti. Porque tu recuerdo era lo único que no había perdido de ti y, obviamente, este lugar tiene tu nombre tatuado por todas y cada una de sus esquinas, calles, casas y locales.

Solo existe porque tú existes todavía en mi memoria, como la primera vez. Porque para mí, todo lo relacionado contigo, Molly Jo, siempre fue la primera vez.

Te amé Molly Jo, te amé demasiado y no me había percatado de ello. Te amé tanto que todavía, a la luz de hoy, solo es tu nombre el que me quita o devuelve el sueño.

Te amé tanto, pero tanto, Molly Jo… que sigo viviendo todavía, día con día, el mismo sentir de la primera de todas las primeras veces.

Recuerdas dónde, cómo y cuándo nos conocimos ¿verdad? Sé que lo recuerdas porque escribiste mucho sobre ello. Escribiste tantas cosas que, luego, echaste a la basura porque te casaste con alguien sin valor alguno.

Y recuperé cada página, cada verso, cada descripción y cada palabra delicadamente escrita por tu puño y letra. Me prometí atesorarlos eternamente, así como prometí no leerlos nunca más.

Pero es difícil no romper mi segunda promesa sabiendo que esas páginas todavía huelen a ti. Es difícil no romper esa segunda promesa cuando puedo escuchar tu voz leyéndome, palabra a palabra, cada página, hoja y cuaderno, de principio a fin.

¿Qué debo hacer para encontrarte, Molly Jo? ¿Qué decisiones deben ser tomadas para poder alcanzarte?

Porque tu nombre, en mi memoria, no deja de revolcarse entre solo interrogantes. Interrogantes que nadie quiere aclarar por algún motivo que no alcanzo todavía a comprender.

Porque enfrentarse a voces esquivas no es nada fácil cuando apenas y dispones de un teléfono para investigar mientras te hayas forzosamente anclado a una responsabilidad que no puedes evadir. Porque es que tampoco busco evadirla.

Eres motivo suficiente para evadir lo que sea, cuando sea y, de ser necesario, abandonarlo todo de golpe solo para encontrarte, pero no esta vez.

No puedo evadirlo, Molly Jo, y sé que por eso lo enviaste conmigo. Porque sabías que no podría ir a buscarte si él aparecía tan repentinamente a mi lado.

¿Por qué abandonarlo entonces de esa manera? ¿Por qué? Esa es la pregunta que no deja de merodear en mi mente como ratas en el techo.

No caben posibles en ninguna parte sin llegar a rozar alguno de los extremos de la cuerda de la vida.

Lo amas demasiado como para abandonarlo así porque sí, y me odias lo suficiente como para entregármelo sin siquiera darme alguna verdad con la cual validar tal acto.

No comprendo nada sin importar lo mucho que piense y piense en el asunto.

No puedo.

Capítulo 7

VII

Solo busco formas de empezar de nuevo un algo que carece de principio alguno, a excepción del café. Me sirvo otra taza antes de caer en cuenta de que siquiera he terminado la anterior.

¿Dónde quedó mi tan escurridiza taza azul? La misma taza que, siendo otra y no realmente la misma, me acompaña desde las más tempranas de mis horas mientras descifro todavía los misterios de tan particular cajita.

Cajita, porque es pequeña, casi diminuta y con dotes escurridizos similares al de mi taza azul.

Sorbo un poco y, creyendo que era mentira, fracaso: está frío. Café frío y amargo porque ando olvidando los detalles de la latencia.

Café amargo y frío porque pienso demasiado en lo que vengo recordando desde que tomé por olvidadas las reglas del tiempo, todas y cada una, solo para volver a visitar las mismas montañas que juré jamás pisar.

Luego sale Luca de la habitación. En su rostro, un algo que le imprime tonos rojizos a su piel me dice, casi a gritos, que las cosas deben dar un paso hacia atrás por el momento.

¿Qué ocurrió y qué hice? Por primera vez puedo decir que no lo recuerdo. No habría sido la primera vez que ocasionaba en él un impulso de semejante grado y magnitud, pero tampoco sé cuál de las tantas veces había sido aquella.

Es como si, de alguna manera, tu propia mente se las jugara contigo y eliminara falsamente ciertos detalles de ciertos momentos muy parecidos solo para esclarecer que, sin importar cuál es cuál, la cagaste

tremendamente al hacer o decir lo que sea que se haya gestado en el momento.

Porque, al parecer, no importa reconocer cuál fue ciertamente el error, simplemente se trata de reconocer que hubo uno y padecerlo pasivamente por el resto de la eternidad. Porque la conciencia puede ser tanto brusca como hija de puta.

Y se perderían las horas del reloj mientras me encerraba en mi habitación a la espera de un único impulso de valor para salir más allá de esa puerta blanca que está ahí, atravesar la sala de estar, escapar de las garras del pórtico y correr calle abajo hasta los dominios Dubois.

Llamar a la puerta y preguntar por él, esperarlo afuera o pasar (según diga el señor Dubois padre), mirarlo luego a los ojos y aceptar, tediosamente, que la había cagado.

Pero solo son conjeturas que hago desde el ahora, porque en ese ayer −que todavía no sé cuál es en específico− sé que no hice más que guardar silencio sobre la cama y esperar verlo regresar por cuenta propia.

Asuntos de niños. ¿Qué puedo decir?

−Eso fue estúpido.

−Muy estúpido, a decir verdad.

−Lo siento mucho.

Sonríe. Sonríe mientras agita las piernas dentro de las cristalinas aguas del lago como diciendo que me olvide ya de aquello.

Porque así transcurrió entonces la tarde, mientras charlábamos de cualquier cosa para disimular que nada había ocurrido horas atrás, para hacernos de cuenta que no hubo discusión alguna y seguir adelante, tomados de la mano, y no abandonarnos en medio de aquellas tierras de nadie.

Entiendes un poco el asunto ¿no es cierto? Si no es así, descuida, no hay apuro.

No tengo prisa en contarte más de estas cosas olvidadas por el tiempo y no por mí. Cosas que deambulan en la urgencia, en el desespero y eclosionan dentro de lo cotidiano, porque lo fracturan. Cosas que no están listas para irse todavía. Ni siquiera yo estoy listo para dejarlas ir a

ninguna parte.

Es entonces cuando el café toma sentido nuevamente mientras lentamente viaja desde el fondo de la taza hasta mi garganta. Está mucho mejor ahora: más dulce, más mío, más conocido. Pero no tanto como Luca.

Entonces pregunto al aire, así como los locos: ¿dónde podría yo encontrarlo de seguir aquí, en alguna parte? ¿Qué dirección habría tomado a diferencia de mí? ¿Qué nos hubiera distanciado?

Y suena tonto decirlo en voz alta. De por sí, pensarlo ya es bastante tonto como para tener que tomarme la molestia de pensarlo en voz alta también mientras acaricio el borde de la foto, mientras sorbo de mi tercera taza de café, mientras me dejo llevar, corriente arriba, por las inacabables mareas de mi tan imperturbable memoria.

Entonces se quita la ropa y se deja caer, como plomo, entre el frío abrazo de las aguas. Debo imitarlo. Sus habilidades como hombre pescado, a pesar de mis intentos por enseñarle, parecen no terminar de asentarse del todo, pero se esfuerza.

Al menos ya no chapotea tanto, ya no me hunde en medio de sus ataques de pánico y sonríe más estando en el agua. Es como si se lavaran sus preocupaciones y se fueran hasta la más oscura de las profundidades.

Las mías, en todo caso, desaparecían al verlo así, mojado de pies a cabeza, sonriente y despreocupado. Él era el agua que lavaba por completo mis preocupaciones, que llenaba y desbordaba mis exasperantes vacíos.

Por un brevísimo período de tiempo, mi vida se volvía Luca, así como su vida se volvía las aguas de aquel lago.

Era una especie de pacto silencioso donde, ni el uno ni el otro, comunicaban intención alguna, solo ocurría con la más fragante de todas las normalidades, con la más sobrenatural de todas las esencias: amor.

Capítulo 8

VIII

Debería disculparme por mis faltas de congruencia y linealidad, pero no puedo prever ni evitar algo que, en cuestiones de la memoria, es tan natural como lo es respirar para todos.

Los recuerdos jamás vendrán de maneras lineales o consecutivas. Jamás vendrán de visita en el mejor de los momentos y, en todo caso, jamás lo harán del todo completos, aunque así yazcan en lo más profundo del inconsciente.

La memoria tiene personalidad y carácter, tal cual nosotros mismos, pero diferente.

Se suceden, una a una, las voces de todos los involucrados en lo que sea que se haya devenido en el camino y, a partir de aquello, mostrará una de sus infinitas caras, una de sus insolutas voces, aunque nos suene exactamente igual siempre, en cada momento, en cada lugar, en cada tropiezo y experiencia mal vivida y superada.

Porque así funciona.

Porque así decide ser.

Porque así dejamos que fuese, desde el principio de los tiempos, al dejarnos llevar por la tan mocosa e infantil idea de alabar a los dioses.

Dioses que solo fueron desapareciendo y, ensimismados en la idea de no aferrarnos a la nada, los fuimos reemplazando con otros nuevos, modernizando sus rostros, sus ropas, sus nombres y demás.

Cuán idiota puede llegar a volverse el hombre si se lo propone como meta a lograr. Casi tan idiota como lo podemos ser aquellos que recordamos como recordamos y, entre vidas pasadas y presentes, se nos advierte un abismo al que solo sabemos caer con los ojos cerrados, los brazos abiertos y las pieles desnudas.

En la antigüedad le llamaron Inframundo. Los cristianos lo llaman Infierno. Yo apenas y puedo llamarlo Destino, de vez en cuando.

Porque hay cosas que yacen desperdigadas por la eternidad, así como el polvo, y de vez en cuando los pasos que damos a ciegas por la vida nos llevan hasta ellos para revivirlos nuevamente, para estudiarnos por un momento y, así, dar pausa a las cosas que no se han terminado de pensar.

Nos permite entonces echar un vistazo sendero abajo y volver a vislumbrar el tramo recorrido, pero con nuevos ojos.

Entonces recupero la fotografía junto a la misteriosa cajita y, haciendo intentos por recordar algo que no recuerdo del todo, requiso mi baúl personal de fotos y recuerdos.

—¿Por qué tardaste tanto?

—Me quedé profundamente dormido.

—Y eso que fue tu idea venir a esta hora.

Lo sé. Sé que había sido idea mía y no me lo habría perdonado a mí mismo si no hubiese llegado a tiempo como lo había prometido.

Su réplica fue bastante sin sentido: sé que había acampado desde altas horas de la noche y que, inclusive, no había siquiera pedido permiso para ello. Yo tampoco.

Nunca le pedí permiso a Marshall para nada de lo que quisiese hacer en cualquier momento. Simplemente lo llevaba a cabo sin siquiera importarme si se preocupaba o si se disgustaba por ello. Para mí su opinión o permiso no existían siquiera cuando Luca estaba de por medio.

De alguna manera que todavía, a pesar de los años, no logro comprender es el cómo le hizo para armar por sí solo aquella complicada tienda de campaña. Solo sonreía una y otra vez sin responderme mientras leía comics bajo la luz de una linterna.

La luna seguía ahí arriba, pero no tan alta, con sus plateados halos reflejados en las calmas aguas de nuestro siempre silencioso lago. Era un ambiente tan absurdamente contrario a su personalidad habitual que, de

alguna manera, lo había tornado de la misma manera.

Luca se me pareció entonces a un unicornio. El único de su estirpe que todavía podía deambular ante los hombres sin ser perseguido o codiciado por su rareza y belleza.

Y me reí de la nada al pensar en aquello mientras lo miraba, sin que lo notara, aprovechándome de la poca claridad de la tienda.

Y me llamó demente por mi ataque de risa. Él, precisamente él, me llamó demente a mí. ¿Cómo culparlo o siquiera negar que su adjetivo fue más que solamente preciso y correcto?

Las cosas eran tan sencillas entonces.

—Ahora si enloqueciste enserio, Jacob.

—¿Y por qué lo dices?

—Porque olvidaste las galletas saladas que compramos ayer.

Las galletas saladas. Abro la lacena y ahí están: son las mismas sin ser totalmente las mismas. ¿Cuántos años ya? Suficientes, creo yo, y todavía puedo encontrarlas en el mercado.

Tal parece que he develado el misterio de las galletas saladas y mi tan testarudo afán de comprarlas cada vez que se agotan.

En esta casa soy el único que las consume, soy el único que las disfruta. Tal parece que Luca se las arregló para seguir aquí, en mi vida, entre nosotros, dejando migajas de pan para ser encontrado.

Hansel y Grettel parecen cobrar tanto sentido como ciertas diminutas cosas que forman parte de mi tan habitual vida cotidiana.

Luca se las ha ingeniado para filtrarse en mi consciencia de formas que solo los traumas llegan a hacerlo porque, de maneras imprevistas, empiezo a verlo en varios –muchos de hecho– de los rincones de esta, todavía, desordenada casa.

Tantas son las cajas que he dejado a medias y que, ahora, me pesan tanto terminar de vaciar que, por mucho que lo piense, solo alcanzo a vislumbrar a Luca junto a ellas, como esperándome desde hace muy poco, aun cuando desde hacía años que no había vuelto a pensar en nosotros como lo ha venido provocado este pequeño incidente.

Mientras, tanto él sigue ahí, quisquilloso porque olvidé sus galletas favoritas en casa. Nunca le dije que fue a propósito. Simplemente me hice

el tonto referente a ello, saqué unos cuantos sándwiches y lo embelesé con su sabor.

Solo así se quedó quieto el paliducho pelirrojo que, ni comiendo, dejaba de contar esas historias que solo él podría contarle a nadie.

La madrugada tardó más de lo habitual mientras su voz decoraba el aire con colores y batallas épicas en tierras lejanas. Esa habría sido la noche más memorable que nadie jamás podría haber vivido como yo lo hice. Se lo debo a Luca.

Capítulo 9

IX

Perdí la cuenta de los cigarrillos que me he fumado, solamente, en estas tan tediosas dos horas. He seguido sus pasos desde la distancia para no verme invadiendo ni su espacio ni sus planes.

Seguimos siendo dos desconocidos bajo el mismo techo, donde él come toda mi comida y yo no puedo negársela tampoco.

No esperaba que su salida fuese a mitad de las horas más oscuras, pero al menos me anuncié como un completo soporte de su diversión.

He preparado un paquete completo de sándwiches para que lo lleve consigo a donde sea que la voz de Molly Jo lo lleve, a salvo, en medio de las tinieblas.

Yo también hice lo mismo una vez con ella. Una inocente escapada aventurera a altas horas de la noche solo para acampar bajo la luz de una luna que parece no brillar igual en ninguna parte del mundo.

Ese es el encanto de estas tan lejanas tierras de nadie: sus montañas. Las mismas montañas que Molly Jo describiría para mí, años después, entre relatos y cuentos porque yo ya las había olvidado.

—No seas tonto. ¿Cómo pudiste olvidar algo así?

—No lo sé. Se me olvida el mundo cuando estás tan cerca. Es inevitable.

Y sonreía siempre con la misma fuerza y belleza, no importaba las veces que dijera la misma frase. Nunca mentí respecto a ello y Jacob es, en gran

medida, un buen ejemplo para demostrarlo.

Tiene los ojos de su madre, sin duda alguna. También su delgada nariz y su brillante cabello. Tiene la misma mañosa manera de sostener las cosas que no quiere que se rompan. Todo lo demás es, en mayor o menor medida, yo mismo y nadie más.

Porque solo he conocido de su boca la misma pesadez que conozco de mí mismo, casi como una copia exacta del que fui y del que sigo siendo entre las sombras de mi subconsciente.

Para su corta edad ha demostrado ya demasiado de aquel espíritu impetuoso que solamente un Cannister podría representar, fuere cual fuere la generación.

Todos los Cannister parecemos llevar a cuestas esa particular manera de expresar, sin reparo alguno, lo que nos hace sentir incómodos o molestos hasta la médula.

¿Así se habrá sentido papá respecto a mí mismo cuando tenía esa edad? ¿Así se habrá visto reflejado en mí y en mis decisiones mientras iba creciendo, mientras me volvía el hombre que creí quería ser? ¿Así es como se siente ser padre? Pero todavía no soy padre de nadie.

El amor en sí mismo no parece ser suficiente hasta no derribar esas murallas que, día con día, veo más grandes, más altas, más resistentes.

Jacob, tal cual fui alguna vez, no bajará la guardia nunca porque, como todo Cannister, desconfía hasta de la luz del sol.

Yo, en todo caso, carezco ya de muralla alguna para alejar nada de mí.

¿Por qué alejaría nada de mí si no soy nadie? No soy nada más que un pedazo de carne con consciencia y un fragmentado corazón que, de alguna manera, sigue latiendo dentro del roído pecho que todavía me hace ser hombre.

Nada ha quedado del que alguna vez fui o del que pude haber llegado a ser. Nada ha quedado intacto en mi existencia desde que ella partió lejos y se fue a *Neverland*, donde sabía que no podría seguirla, donde sabía que no lograría encontrarla y traerla de regreso.

No hubo nadie después de eso.

—Dime la verdad.

—Siempre será verdad.

—¿Y entonces? Es que no te entiendo.

—¿Pero me sientes? ¿Te sientes bien conmigo?

—Por supuesto que sí, Marshall ¡Por Dios!

—Entonces ya tienes la verdad en tus manos.

Capítulo 10

x

Como era de esperarse, no pegué el ojo en toda la noche pensando en ese par de aventureros empedernidos.

Calculemos su posible llegada a eso de unos veinte o veinticinco minutos, tiempo suficiente para ducharme y hacer un desayuno grande para los tres porque, evidentemente, Luca no irá a ningún lado que no sea esta casa.

¿Qué son veinte minutos? Para cualquiera, no es más que tiempo muerto. Para mí, un intento agresivo por acercarme a mi hijo y, así, hacer pedazos esas barreras que ha montado para mantenerme fuera de su zona segura.

Estoy al tanto de que todo esto no será más que otro fracaso indiscutible, otro intento fallido para el pésimo padre que soy, pero no hay que perder todavía la perspectiva: tengo una pequeña oportunidad, una blanca y pelirroja oportunidad que espero sepa seguirme la corriente.

Mientras tanto, las frías aguas de la regadera se llevan consigo un cansancio que no encuentra comodidad alguna en mi pecho.

Casi milagrosamente recupero gran parte de mi energía solo con este baño simplemente porque pienso en ella, porque lo hago por él y lo que representa.

¿De qué hablarán en cada reunión, en cada encuentro? ¿De qué clase cosas hablan los jóvenes de su edad? Son cosas que no podré descifrar sin siquiera conocer la clase de placeres que deambulan en su lista personal

de adicciones.

¿Música? ¿Cine? ¿Cómics? ¿Libros? No tengo idea. No estoy familiarizado con la juventud ni menos con el mundo de ahí fuera. Me quedé estancado pensando solo y únicamente en Molly Jo y ahora, tal parece, que en él también.

¿Quién es ese frente a mí en el espejo?

«Jacob»

Se ha borrado mi reflejo y, ahora, es su silueta detallada la que imita mis movimientos ante el espejo.

La mente haciendo de las suyas otra vez mientras me permito, por obligación no-impuesta, a dejar la afeitadora de lado y esperar volver a la normalidad, de ser posible.

«Jacob»

Solo su nombre puedo producir ante el espejo que, con mis propios ojos, me mira luciendo su tan inexperta y todavía pura esencia.

Él no me miraría de esta manera.

Él no me miraría, así de simple.

Solo haría un leve desvío y evitaría siquiera rozarme con la manga de la camiseta. Pasaría de largo como un susurro del viento cuando abres la ventana a eso de media tarde, un susurro que apenas y sientes tocarte los pómulos, aunque cierres los ojos.

Si tan solo me tocase con la mirada de vez en cuando, tal vez y solo tal vez podría sentirme agradecido por tenerlo aquí conmigo sin replicar.

¿Por qué habría de replicar? Lo quiero aquí, aunque de verdad no está aquí todavía. En todo caso, soy yo el que no está aquí. Solo formo parte del mobiliario de una casa que se quedó varada en el tiempo que solía habitarla una hermosa mujer de castaños cabellos y grisáceas miradas.

—Me tomé la molestia de hacer unos huevos revueltos para su regreso. Tienen hambre ¿cierto?

—¡Muchas gracias, señor Cannister!

—A los invitados hay que atenderlos bien siempre.

—Y todavía quedaron suficientes sándwiches para acompañar. ¿Lo planeó todo por su cuenta, señor? ¿O es que acaso usted es vidente o algo así?

—No seas tonto, Luca. No creo que papá tenga tiempo para algo semejante.

Guarda silencio por un segundo y me mira sorprendido y avergonzado a la vez. Papá. Así me llamó y, por un segundo, se me vino el mundo encima.

Luca lo mira. Me mira a mí después. Solo sonríe como complacido por un algo que, a pesar de no tener nada que ver con él, disfruta presenciar.

Le sonrío de vuelta mientras sirvo un plato para cada uno de nosotros, jugo de naranja para ellos y café negro para mí. Jacob me mira de vez en cuando, como disculpándose, mientras hace intentos por disimular indiferencia.

No he fracasado del todo al parecer. No me he quedado a la deriva todavía, Molly Jo, solo necesito tiempo para entenderlo, para entenderte.

Solo necesito tiempo.

Capítulo 11

XI

No, no lo he olvidado todavía. Pero hacía ya demasiado tiempo que no había vuelto a apreciar el rostro que alguna vez paseó por las calles durante su más plena juventud.

No puedo decir nada respecto a Marshall, solo que parece más mi hermano que mi padre en esta foto. Había olvidado lo increíblemente parecido que soy a él porque, simplemente, he dejado de revivirlo de vez en cuando.

He dejado de pensar en mi padre desde nuestro último encuentro, ese que no terminó como esperaba, pero que ocurrió de todos modos. Y yo lo sabía de antemano. Lo sabía, incluso, desde muchos meses antes.

Debido a ello fue que me negué a verlo como solía hacerlo. Debido a ello fue que suspendí mis visitas sabatinas y, como cuando tenía doce años, hice como si no existiese.

Un salto atrás. Hice un salto atrás sin siquiera notarlo. Él lo notó y me lo recriminó sin hacerlo mientras, con su voz lenta y quebrada, me contaba historias de aquel yo de doce años que no esperaba escuchar. Cosas que había olvidado, él las recordaba como si fuesen recuerdos totalmente suyos.

Yo, que no olvido nada, nunca, había olvidado detalles tan precisos que, ahora, forman parte del otro lado de mi propia historia. Porque, en la historia, cualquier historia, los participantes no van en una misma dirección.

Es cierto: viven y se desarrollan en una misma línea histórica, una misma temporalidad, pero no se vive exactamente lo mismo de la misma

manera: no todos experimentan la realidad tal como la experimenta el que va a tu lado por el sendero del tiempo.

Papá vivió mi historia desde su perspectiva. Papá vivió su historia desde la mía.

Marshall murió de la misma manera en que vivió cuando yo llegué a su vida: desplazado, solo y abatido.

Y por un momento, ahora que me veo al espejo, pienso en Marshall. Pienso en todas aquellas cosas que sé que nunca me dijo, porque nunca le di la oportunidad. Todas esas cosas que calló y contuvo para sí mismo porque su hijo no quería ser su hijo.

Tuve un padre.

Es lo único que me queda por decir en este momento mientras sostengo su foto frente al espejo y lo veo, casi en su más viva esencia, tatuado en mis rasgos. Porque te traigo anclado en mi carne, Marshall, y no lo había notado hasta ahora.

Y estoy seguro que esto, que la caja y el asunto con todas estas fotos que parecen haber surgido de la nada, son una perorata más por parte de Luca que se ha hecho, de alguna manera, con una parcela bastante grande de mi subconsciente.

Ya puedo escucharlo reír al final del pasillo, asomado al marco de la puerta, iluminado por los tenues rayos de sol que se filtran por las persianas acariciándole sus tan abrillantados cabellos rojos.

Hizo trampas.

Se las arregló para encontrar las galletas saladas que oculté de él y, como hacen las pirañas, las devoró sin dejar huella. Viste mis overoles de jean azul, una camiseta lisa, blanca, y trae puestas sus Chuck Taylor, blancas también.

Le gusta mucho cambiarse la ropa al llegar y vestir prendas al azar de mi guardarropa. No le digo que no. Luce hasta mejor que yo con mis propias prendas mientras, a veces, visto las suyas.

Termino, por simple petición suya, disfrazándome de él y sus límpidos tonos blancos. No ha parado de reír en largo rato mientras me cuenta otra de sus anécdotas inventadas de viajes familiares y cosas de fantasmas.

Porque siempre habrá fantasmas en sus cuentos, de una u otra manera, o

sino no sería una historia vivida por él.

No sería tampoco una historia de su propio verbo si no dijera, a media voz para no ser escuchado, una que otra de esas palabras estridentes que usaban los adultos de aquellos tiempos y que, evidentemente, nosotros no sabíamos siquiera qué significaban.

No le presto mucha atención tampoco, solo le sigo la corriente mientras me divierto viendo una pantomima de mí mismo, pero con su rostro. Enserio, mi ropa le queda mejor que a mí.

Entonces me pregunto: ¿habría llegado a ser tan buen hermano de haber tenido alguno? ¿O simplemente es el margen de la amistad lo que nos permite este grado de acercamiento? Un acercamiento para nada total, para nada absoluto, pero absurdamente rotundo, alusivamente imperecedero.

¿Habría sido diferente de haber tenido un hermano? Tal vez. Tal vez no. No se sabe. Nadie ha de saberlo nunca tampoco, ni siquiera yo. Tal vez Marshall.

Él siempre pudo ver lo que yo no.

Increíblemente podía ver a través de las eras también, a través de las edades que pasarían frente a mis ojos mientras crecía sin Luca, mientras me enfrentaba a cada dosier de posibilidades que, muy tercamente, Marshall intentaba imponerme para, luego, restregarme un te lo dije solo con la mirada, solo con un suspiro, solo con una palmada en el hombro.

Tuve un padre.

Es lo único que puedo admitir ante esta foto y este viejo y amarillento almanaque olvidado por el tiempo, así como yo, ahora, así como Marshall, así también, como Luca, siempre.

Capítulo 12

XII

Suena el teléfono. ¿Cuánto tiempo llevo ignorándolo? Creo que, sea quien sea, puede esperar un poco más o simplemente llamar luego. De momento no tengo tiempo para otra cosa que para el tiempo mismo.

No tengo tiempo en el presente que tenga, valga la redundancia, el tiempo suficiente para atender nada más que asuntos del pasado.

Todas estas fotos son prueba de ello. Y la correspondencia de Marshall, acumulada todos estos años, reaparece entre mis pertenencias como náufrago en medio del océano.

Ya luego les echaremos un vistazo, por ahora y por largo rato, es Luca quien nos sonríe pidiendo un poco más de atención. Y hay que prestársela, es enserio.

Ya lleva rato haciendo esos gestos de fastidio que caracterizan lo susceptible que es al aburrimiento. El chiquillo ocurrente es fácil de aburrir y difícil de saciar.

El silencio es todo los que nos queda mientras, en un inútil intento de aprender el arte de la pesca, yazco sentado al borde del pequeño muelle de madera, con las piernas cruzadas y un balde de aluminio a mi lado esperando a ser llenado con la pesca del día.

Entre mis manos, con fuerza y mucha impaciencia, sostengo la vieja caña de un abuelo que nunca conocí. Me la había dado Marshall un par de horas antes de partir de casa esperando de mí algo que, en verdad, no sé de qué trataba.

Solo pensaba en Luca, en el Lago, en la quietud del lugar.

¿En qué pensaba en realidad? ¿El escape? ¿La sensación de libertad?

Era libre, sin duda alguna, pero había algo que no me hacía sentir del todo así y mi tan corta juventud no me permitía esclarecer en palabras aquella sensación: no era otra cosa más que el olvido.

Luca era, en aquel entonces, la excusa tras la que había recluido la sensación de vacío, de inquietud y zozobra que, de alguna manera, terminaba cobrándome horas de sueño.

Evidentemente y como cualquier otro, no decía nada al respecto. Y esa fue, en aquel entonces, mi manera de sobrellevar ese pequeño estigma que, de a poco, aprendí a superar. Aunque no gracias a Luca.

El viento sopla con fuerza y la luz de la tarde parece empezar a cansarse.

Luca arroja, una tras otra, pequeñas rocas a lo lejos desde la orilla del lago mientras yo, milagrosamente, alcanzo a capturar una tercera presa.

Laboriosamente la saco de las aguas que la abrazan y la deposito en el balde junto a las otras dos.

Tres monstruosidades marinas, y no exagero, las que logré pescar esa tarde en que ignoré, casi por completo, la presencia de Luca y me concentré, apenas, en el agua, en la caña y en mí.

No había nada más en contacto, no había nada más en el universo, solo esas dos cosas y yo. Y luego Luca, por supuesto, quejándose el camino de vuelta por “ser un mal amigo” y no prestarle atención.

Su mirada resentida se siente muy extraña sobre la piel. No todos los días te miran con enojo un par de ojos tan inusuales, sin olvidar que me siento culpable y muy avergonzado por ello.

Es mi mejor amigo, mi único amigo, a decir verdad. No debería ser capaz siquiera de ignorarlo.

−Oye, lo siento. En verdad, lo siento mucho.

−Si, como sea. Solo apresúrate, tengo hambre.

−¿Y no quieres venir a…?

−Solo llévame a casa.

Marshall no me esperaba. Estaba encerrado en su estudio haciendo llamadas extrañas otra vez, preguntando nuevamente por alguien cuyo nombre nunca logré escuchar claramente.

Llevo rato esperando por él. Esperando también que Luca decida volver y así pedirle perdón como corresponde. No ocurre ninguna de las dos.

Marshall no deja de golpear el escritorio después de finalizada una llamada y los ecos de los golpes llegan a mi habitación.

Voy a la cocina una vez más, pero esta vez guardo el pescado en un envase y lo deposito en el congelador, lavo mis manos, me preparo un par de sándwiches, mejor tres porque tengo hambre, y me devuelvo en silencio hasta mi habitación.

Luca no se aparta de mis pensamientos. La voz de Marshall llorando en el estudio tampoco.

Una vez más suena el teléfono.

Capítulo 13

XIII

Se me ha ido el día entero entre llamada y llamada, pero no obtengo ningún tipo de respuesta clara. Solo evasivas. Una maldita evasiva tras otra referente al paradero de Molly Jo.

¿Puede ser posible que nadie sepa dónde se encuentra? Si ella supo cómo encontrarme ¿Por qué yo no he podido encontrarla de vuelta? ¿Qué ha hecho o dicho para evitar que la encuentre a toda costa?

Me aflige.

Me estresa.

Me destruye cada minuto sin ella, así como me ha venido desgastando el alma esa tan pesada cualidad que tiene Jacob de ignorarme.

Sé que no soy importante para nadie. Ni siquiera me siento mínimamente importante para mí mismo.

Lo arrojé todo a la basura el día en que ella, muy inteligentemente, me sacó a patadas de la que fue alguna vez mi casa.

Jacob era tan pequeño todavía.

Y Molly Jo era tan fuerte. Tan pero tan fuerte, de verdad.

Sé que no esperaba morir sin antes ver a Jacob una vez más, de hablar con Molly Jo una última vez, al menos, y dejarme devorar por los infiernos de una maldita vez.

Pagar por toda mi porquería, por todas las lágrimas de ella y por todo el abandono hacia él. Pagar, como cualquier otro mortal, hasta por la más mínima y ridícula de todas las faltas y así padecer eternamente aquello que ya he venido padeciendo desde que hice lo que hice.

¿Y qué hay de Jacob? No lo sé, en verdad.

Su grave estado de juventud me tiene contorsionados los sentidos y, sin importar lo que haga, no alcanzo todavía a entender lo que piensa o lo que dice, porque tampoco es que dice mucho.

Es un chico bueno, lo sé. Aunque no lo sea del todo conmigo: me lo tengo merecido, estoy consciente de ello.

¿Mejorará pronto esta situación?

¿Mejorará del todo este asunto de padre e hijo que no logro hacer nacer?

Molly Jo… todavía no sé qué hacer.

Capítulo 14

XIV

Arreglar este desastre estaría del todo bien, estaría totalmente perfecto y sería lo más sano, pero estoy demasiado cansado como para ponerme a carretear cajas para allá y para acá.

Mañana será otro día y, con mayor seguridad, tendré las fuerzas suficientes para lidiar con todo este desastre.

Luca sigue conmigo, a pesar de la hora. Lo he dejado en mi alcoba mientras recorro la oscuridad de tan temprana noche en busca de algo para llevarme a la boca.

Envuelto en los misterios de aquella caja olvidé por completo mi sentido de hambre.

La mente suele jugarnos esa carta de distracción: atiborrarnos la atención con cosas presentes, pasadas o contiguas y así eliminar de nuestro sistema toda noción física que, de alguna manera, pueda suspender aquella actividad, cualquiera que fuese, con la que el ocio y la pérdida de tiempo suelen venir vestidas.

Hecho un vistazo para atrás y puedo verlo asomado por la ventana con la vista fija sobre el cielo. No es el mismo cielo que solíamos ver a estas horas. Había menos luz en aquellos tiempos, sobre todo en aquel lugar. Y había más estrellas en el oscuro firmamento.

Nosotros dibujábamos con ellas las historias que se nos venían a la mente antes de dormir durante nuestras fiestas de campamento.

Es divertido el término “fiesta” porque solo éramos él y yo. Solo éramos dos diminutas partículas de humanidad vistiendo las ropas cambiadas,

nuevamente, recostados sobre la madera de la que estaba hecho el pequeño muelle a orillas del lago.

Volvíamos a disfrutar de aquel silencio que, obviamente, Luca rompía cada cinco minutos con su tan particular y contagiosa forma de reír. Y era otro muy distinto cuando se callaba.

Solo la luna sabía cómo callarlo hasta el día siguiente. Solo la luna pudo conocer algo de él que, por cosas del destino, no pude.

Sigo mi camino entonces y pienso nuevamente en nosotros. Pienso, nuevamente, en aquello que busca no morir a solas en mi memoria.

—Todavía sigo esperando ese 'algo'.

—¿Cuál 'algo'?

—No lo sé. Si lo supiera ¿no crees que sería más fácil para mí ir a buscarlo?

—Luca, a veces dices unas cosas tan raras.

—¿Raras? ¿Tú crees?

—Bueno, de por sí, tú ya eres bastante raro.

—¿Y eso te parece genial?

—No tienes idea de cuánto.

—Gracias…

Y guarda silencio como si ese 'gracias' le hubiese arrancado algo pesado del cuerpo. Sonríe levemente y fija la mirada en aquella luna llena que nos vigila desde el otro lado de la vida.

Nosotros tan acá y ella tan allá.

Ahora: ni ella, ni Luca ni yo.

A veces vuelvo a alzar la mirada, pero ya no es lo mismo. Desde hace mucho tiempo no es lo mismo.

Hay cosas que no debieron suceder en el formato en que fueron presentadas. Si la historia hubiese sido otra, muy distinta a la que conozco, muy distinta a la que todos olvidaron, el presente sería tal vez

un poco mejor, menos doloroso.

Pero el dolor está en todas partes. Está donde menos podría, siquiera, pensarse.

Así mismo yo lo he dejado, a solas, encerrado en mi apartamento aparentando ser un alguien que no tengo desde hace mucho. Aparentando ser su fantasma y así deambular de aquí para allá con la inquietud de un niño, con la misma inquietud de Luca.

Al final terminé comprando comida para más de uno.

—No era necesario y lo sabes.

—Sería mala educación también.

—Aprendiste a hablar como los mayores.

—Era inevitable.

—Eso no es del todo cierto.

Entonces sonríe con esa picardía que lleva su nombre mientras juguetea con la comida que dejé en su plato.

Sé que no está ahí. Sé que estoy solo, pero cuando me habla es inevitable hacerse a la idea de que, como lo dice él, eso no es del todo cierto.

Capítulo 15

xv

Lleva dos días correteando de un lado a otro mientras interrumpe mis esfuerzos por culminar la mudanza.

Poco a poco voy desenterrando mis tesoros de entre el cementerio de cajas que todavía adornan el recibidor de mi apartamento.

El sofá apenas y descansa. Luca lo puebla cada vez que puede o cada vez que se aburre, cosa que es más seguido de lo que podría imaginarse nadie.

Nuevamente me veo hablando con el niño que no está aquí. Hablando a modo de distracción para así agilizar un poco el laborioso trabajo de abrir, cargar, vaciar y acomodar todo lo que, pacientemente, espera dentro de cada una de estas cajas.

Su mirada va y viene según me muevo y suspira de vez en cuando, solo cuando sabe que puedo oírlo.

Apenas y me atrevo a volver la mirada hacia él. No puedo hacer mucho para entretener un fantasma salido de las profundidades de mi memoria mientras tengo tantas cosas por hacer, tantas responsabilidades pausadas adrede a causa de esta mudanza forzosa.

Una excusa más para frustrar mi estilo de vida. Una excusa más de las otras tantas que me he venido inventando cuando me siento solo.

–¿Y cuándo dejarás de ser adulto?

–Cuando me muera, creo yo.

–¿Y acaso te falta mucho? Estoy aburrido. ¿Desde cuándo eres tan aburrido?

Ciertamente: ¿desde cuándo? ¿Cuándo perdí la capacidad de dejarme llevar por mi propia imaginación? Aun cuando la he venido enfrentando desde hace un par de días luciendo el aspecto de aquel niño que alguna vez fue Luca.

Me habla, me toca, me golpea de vez en cuando, solo si lo ignoro demasiado. Se queja, patalea. Incluso ha llorado un par de veces y, en realidad, no he sabido dar respuesta al tan complejo juego que la mente se ha puesto a jugar en mis narices.

Es que todas sus respuestas, todas sus reacciones, sus gestos y miradas, todas y cada una corresponden al Luca que da vuelcos en mi memoria.

La correspondencia entre este niño, que me hala de la camisa, y el niño que alguna vez paseó a mi lado en bicicleta es tan exagerado que, cualquier persona (si existiese alguna que pudiera) diría que no es producto de mi imaginación.

Su cabellera roja va directo a la cocina y vuelve, minutos después, sosteniendo tres o cuatro galletas en sus manos.

No recuerdo haber comprado dichos dulces. No recuerdo, tampoco, haber llenado con nada ninguno de los estantes de la cocina.

Se sienta en el sofá, me mira y sonríe con una picardía imposible de ignorar.

–¿Quieres una? Quedan bastantes todavía.

–Déjame desocupar esto y te acompaño.

–¡Ay, llevas mucho tiempo ya con eso! Vente que puede esperar, yo no. O sino, no comerás ninguna. Te lo prometo.

Con ese argumento tan sofisticado y directo ¿cómo podría rehusarme? Dejé de lado la caja, los retratos y demás cosas y me acomodé a su lado en el sofá.

Extrañamente las galletas sabían muy bien.

Capítulo 16

XVI

Lo hace una vez más usando sólo y únicamente su risa. Aparto la mirada de mis cómics y lo miro a él mientras ríe, mastica, traga y vuelve a reír con una sincronía increíble.

Me contagia las ganas de reír. Lo logra, así como logra engañarme con cada una de sus historias, de esas que me contaría cada noche antes de dormir.

Sé que todas son falsas, exageradas e, inclusive, demasiado fantasiosas, pero tiene un poder impresionante incrustado en sus cuerdas vocales. Un poder que usa con demasiada naturalidad para la corta edad que pretende su cuerpo todavía.

Levanta la mirada de las páginas que lee y ríe con más fuerza todavía. Solo me queda imitarlo. Un recordatorio de nuestro primer encuentro. Una remembranza icónica que será, para siempre, la marca de nuestra relación, de nuestra cercanía.

Muerde otra galleta y se recuesta boca arriba, con la mirada fija en el techo intentando no ahogarse con la galleta que acaba de morder.

–Un día de estos irás a emergencias por un ataque de risa, sinceramente.

–Pero si mi risa es muy especial.

–Sí: es muy contagiosa.

Ríe ante mi respuesta, así como yo me río de su reacción.

Es muy noche y Marshall todavía resuena en su estudio como si estuviera plagado de roedores, como si alguien lo requisara con rabia buscando un algo que no aparece por ninguna parte.

Salgo de la habitación, lo más callado posible, y me asomo aprovechando la oscuridad de la casa. La única luz encendida que apenas le ilumina el rostro es, precisamente, la de su lámpara de escritorio.

Otra vez está llorando. Otra vez tiene el teléfono descolgado y el escritorio bañado de hojas y hojas, todas desparramadas, un espectáculo de absurdo desorden.

¿Qué lo inquieta tanto? ¿Qué clase de cosas hacen que un tipo tan rígido como Marshall se eche a llorar por las noches?

Siento que debería preguntar.

Siento también que no debería estar ahí, husmeando.

Vuelvo a la habitación como si nada, pero pensándolo demasiado. Pensando en los motivos, las razones que podrían existir y que todavía desconozco.

¿Quién te ha herido, Marshall?

¿Quién o qué te hace sentir así?

Luca se ha quedado dormido en mi cama mientras compraba algo para cenar. ¿De verdad está en mi cama o es solo una ilusión? La otra habitación todavía no está lista. Ni siquiera mi propia habitación está lista.

Así y todo, mi cama ya no es mi cama y por ahora, no veo otra opción, tendré que encontrar acomodo en el sofá de la sala. No sin antes desenmarañar los misterios de la memoria que se me escapa a borbotones de la cabeza, como una herida que sangra y sangra sin detenerse.

Y es que así se siente: como un sangrado constante que te va secando la vida, que te deja sin color y que contrae todo lo vivido, convirtiéndolo en una estela fugaz, un microsegundo en la eternidad.

Excepto Luca. Él no.

Él es, en todo caso, la herida abierta, viva. La que duele con la vista, con el tacto, con el pensamiento y con el alma.

Porque enfrentarme una vez más a esa mirada de fantasía, a esas risas dementes, a esa voz enérgica, es un tormento en vida. Porque vivo con una parte de un pasado recóndito, bamboleando de aquí para allá.

Si lo dijera en voz alta, me tomarían por demente. Me encerrarían con los dementes, con los lunáticos, con los inestables y demás.

–Deja de decir que estás loco. Solo eres aburrido.

–Pensé que dormías.

–Sí, pero huele rico. ¿Qué trajiste?

–Pizza para dos.

Capítulo 17

XVII

Esa vez había empezado a llover a un cuarto para las seis, según puedo recordar. Volvíamos temprano por el sendero cuando nos vimos retozando, de un lado a otro, entre hojas mojadas y charcos de lodo.

Había sido una aventura como cualquier otra, otro día de escape ocultos entre las robustas arboledas de la montaña, acampando al margen del lago que nos recibía a diario con el reflejo de las luces que el sol parecía fabricar para nosotros.

La tranquilidad y el somnífero de la fantasía nos habían segado por un momento en el que, atiborrados de juventud y alegría, no notamos las miradas que nos acechaban de cerca.

¿Habría sido posible evitarlo? Para mi yo de aquel entonces, 'imposible' surgió como un prelativo de nombre para aquel muchacho tan cruel.

Luca se llevó el saludito. Una bofetada de piedra se estampó en el pálido rostro marcándolo, incluso, antes de recibir el golpe. Anton reía complacido por su acción, por su gesto de poder y control, sobre todo porque sabía que, hiciera lo que hiciera, no diríamos nada.

Era imposible.

Es que el Imposible primo Anton parecía controlarlo todo, ser dueño de todo, manipularlos a todos.

No había manera alguna ante nuestros ojos de contrarrestar lo que sea que viniese de parte de sus manos, de sus miradas y sus palabras.

Todo lo que salía de él se sentían como balas en el cuerpo, una tras otra, agujereándote hasta hacerte polvo. Luca siempre se llevaría la peor parte.

–¿Vas a llorar, maricón? ¿O acaso esperas que tu novio te defienda?

No hice nada.

¿Cómo iba yo a hacer algo si tenía los huesos congelados y en los hombros me prensaban las manos de sus descerebrados secuaces?

Solo éramos hormigas bajo una lupa, esa era nuestra desgracia.

Solo podíamos cumplir nuestro papel de víctimas silenciosas y esperar que todo sucediese tan rápido como fuese posible para superarlo a esa misma velocidad.

Pero los morbosos siempre buscan prolongar el sufrimiento, ya sea a golpes, ya sea con palabras, ya sea también con una mezcla de ambos.

Yo solía recibir solo palabras, las peores siempre, pero no Luca.

Él debía cargar con todas las hazañas macabras que pudiera imaginarse su maléfico pariente, sobre todo la que en aquella tarde le dejaría una huella imborrable en su memoria, así como en la mía.

Aun escucho y siento en mi cuerpo los golpes que le propinó Anton frente a mis ojos mientras la lluvia se hacía más fuerte.

–¿Te haces el duro? ¡Vaya, pero si quiere impresionar al noviecito!

Me convertí, indirectamente, en la causa de muchas torturas. Me convertí en el noviecito de boca de Anton solo para tener las más siniestras excusas para torturarnos, sobre todo a Luca, a quien solo sabía golpear.

Yo sufría esos golpes también, porque no podía hacer nada para frustrarlos, para devolverlos, para rescatarlo una vez más como lo hice en el lago, y apartarlos, a Anton y sus sombras, de nuestro camino.

¿Qué podría hacer un enclenque debilucho frente a tres pubertos súper desarrollados con excesiva maldad en el cuerpo? Padecerlos en silencio parecía ser la única manera de aburrirlos y salir vivos del asueto.

–¿Por qué piensas en cosas tan tristes? Deberías olvidarte ya de eso. No tiene caso.

–Lo dices como si lo hiciera por gusto y placer.

Pero tiene razón, no debería pensar en ello, sobre todo mientras lo tengo sentado a mi mesa, frente a mí, robando la mitad de mi pizza cuatro estaciones y luego yéndose directamente mi cama de nuevo, como si fuese suya y solo suya.

Toca dormir otra vez en el sillón. ¿Qué se le puede hacer?

Capítulo 18

XVIII

A lo mejor no me di cuenta antes de ello, pero su presencia también se ha infiltrado en mis horas de trabajo.

Ese cabello de rojos flameados se pasea, vaivén, por el piso de oficinas, casi como si fuese un palacio de juegos.

De algún modo ha logrado hacer que la semana y el trabajo parezcan algo irremediablemente tonto, sencillo y sin importancia alguna.

Nunca antes había terminado tanto trabajo sin problemas. Nunca antes había adelantado otros proyectos de manera tal que, sin notarlo, me habría librado por completo de los pendientes.

¿Este pequeño fantasma tiene la culpa de mi extraño desenvolvimiento laboral? ¿Se las ingenió solo para tenerme de vuelta a casa horas antes? ¿Cómo podría agradecerle por lo que sea que esté haciendo?

–¡Solo apresúrate y volvamos ya!

–Pero, Luca…

–Sin peros. ¡Apura, apura!

Entonces, por la prisa, olvidamos por completo que esa noche la tienda no estaba en el lago. Ni las bolsas de dormir, ni la ropa de emergencias, ni los bocadillos para amanecer.

Lo habíamos recogido todo poco antes de ser visitados, y casi descubiertos, por el demonio de Anton. Nuestro lugar seguro, nuestro

escape, nuestro paraíso empezaba a ser rondado por hienas casi a diario.

No había sido divertido para nada el vernos obligados a abandonar el fuerte ante una invasión enemiga. No era lo ideal, pero al menos era lo más seguro.

El miedo que Luca le profesa a Anton ha aumentado desde un incidente que no había querido contarme todavía y la idea de volver al lago era lo único que parecía recordarle aquello.

Aun así, insistió en que debíamos estar ahí, debíamos pasar la noche ahí.

Dejamos las bicicletas a un lado, ocultas entre unos arbustos, cubriéndolas con un manto de hojas caídas.

Quiero saber lo que pretende hacer para pasar la noche bajo este temporal frío y lluvioso. No puedo evitar pensar que está loco, pero eso ya es bastante redundante.

Me mira y sonríe con una complicidad que no comprendo, una complicidad que siempre que la dibuja en su rostro solo puede significar problemas. Pero ¿cómo no seguirle el juego si tiene la mágica cualidad de hacer que lo sigas hasta la luna sin cohete?

Me toma de la mano y me hace correr bosque adentro, mientras me empiezo a ahogar con el temor de encontrarnos perdidos en la oscuridad.

–¿Ya te asustaste? ¡Confía en mí!

–Ya te estás propasando con tus locuras, Luca. Mejor volvamos. ¡Vamos!

–Entonces ¿no quieres tu regalo de cumpleaños?

Y su sonrisa pícara se entrelazó con la luz de la luna. Su mirada, con ese color tan inusual, parecía un hechizo hipnótico, un asunto de otro mundo.

Entonces me arrastra unos pasos más al norte, y se detiene junto a un viejo árbol ya sin hojas. En la base, oculta en un agujero, yace un pequeño cofre de una madera que, noto, es bastante vieja.

De un marrón claro barnizado, se siente en las manos como una seda muy exótica. Todo cuanto viene de sus manos se siente de esa manera: exótico, mágico, fuera de este mundo.

Abre el cofre y, envuelta en un brillante papel, me entrega una pequeña caja plana que me prohíbe abrir hasta estar seguros en casa.

–¿De verdad aún lo conservas?

–Por supuesto que sí. ¿Qué esperabas?

–¿Puedo leerlo? ¿Puedo? ¿Puedo? ¿Puedo?

Recordaba demasiado bien esa forma de leer tan suya. La postura al recostarse, la forma de pasar las páginas, el destello de sus ojos ante cada escena, ante cada recuadro, ante cada diálogo.

Sigue siendo el mismo niño que conocí, el mismo niño que se sentó a leer durante un día entero, una y otra vez, sin aburrirnos nunca, el primer volumen del cómic de nuestro superhéroe favorito.

Ese fue un bonito cumpleaños, uno muy especial. Al parecer este será igual.

–¡Feliz cumpleaños, Jacob!

Capítulo 19

XIX

El temporal no aminora su carácter y ese par no termina de aparecer.

No dijeron nada al salir, cosa a la que no termino de acostumbrarme, pero no esperaba que salieran con semejante clima. Las punzadas en el pecho, causa de la preocupación, las siento cada vez más agudas y constantes.

¿Qué puede ser tan importante como para lanzarse a ciegas hacia una tormenta? ¿Qué puede ser más importante para él, Molly Jo, como para arriesgar su propia vida a costa de mi sufrimiento?

–¿Perdonarás a tu padre alguna vez?

El reloj de pared ya no marca la hora. Desde hace días que he querido cambiarle las baterías y por pensarte demasiado, Molly Jo, termino olvidándolo por completo, así como he olvidado otras muchas cosas mucho más importantes que un par de baterías.

Pero no he olvidado este día, Molly Jo.

Me es imposible olvidarlo y, te lo juro por mi alma de bueno para nada, que lo celebré a solas cada año. Con un pastel, cena y regalo, pero a solas siempre.

Pensándolos siempre.

Imaginando siempre el cómo habrían sido las cosas de no ser por el error de mis horrores.

–¡¿Acaso me toca hacerlo a solas también esta noche, Molly Jo?!

¿Acaso me toca lidiar con el abandono de mi propio hijo como parte de un castigo trascendental?

Estoy al corriente de que no merezco perdón alguno, pero, por favor, no espero tampoco que lo alejes de mí de esta manera.

Sé que no he sido muy buen cristiano desde casi nunca, pero no creo que seas capaz de acabar con un hombre arrepentido de corazón.

No necesito tu perdón en todo caso.

Necesito el de Jacob. Que sean sus palabras las que me lleven a la tumba, sea por perdón, sea por negación, me da igual, pero debe ser él y solo él.

La puerta trasera se abre seguida, luego, del estruendoso portazo al cerrarse a la fuerza por manos del viento.

–¡Creí haberles dicho que no salieran!

–Estamos bien, Marshall. No exageres.

–Discúlpeme, Señor Cannister. Toda la culpa es mía. Jacob solo me siguió la corriente.

Pero no me miras, hijo mío.

¿Por qué no me miras?

¿Por qué no te das cuenta que estuve a punto de llorar por tanta preocupación?

Luca me mira un poco asustado, pero no estoy enojado enserio. Los tomo entre mis brazos por un breve segundo al verlos completos, ¡lesos y demasiado relajados a pesar de todo el caos de afuera.

A veces creo que hay algo cuidándolos ahí fuera.

–Ahora van, se quitan esa ropa y se dan un baño. ¡Andando, andando!

Aprovecho el momento para escurrirme al estudio y devolver a la cocina el enorme pastel de cumpleaños. Coloco las velas en su lugar y adorno la mesa con ciertos dulces que había estado escondiendo de sus peligrosas manos.

Tal vez no le interese y, al verlo, dé media vuelta y me abandone. Cosa

que no me sorprendería, la verdad.

Todavía me llama por mi nombre, como si fuese cualquier cosa excepto su padre.

Los llamo entonces para cenar y no tardan mucho en aparecer. Las velas encendidas los reciben en la oscuridad.

–Feliz cumpleaños, hijo mío.

Capítulo 20

xx

Es una tarde distinta. Las palabras fluyen de mis dedos a velocidades increíbles, casi inhumanas.

Es cuestión inspiración o tal vez se trata de otra cosa, no lo sé, pero jamás había podido desatarme tan libremente entre mis propias páginas.

Mi trabajo en la editorial ya lo había acabado por completo, incluyendo los pendientes. Ahora podía dedicarme única y exclusivamente a escribir. Escribir y escribir como si no hubiese un mañana. Escribir, palabra por palabra, un desahogo por tantos años frustrado, embaulado. Mi herencia verdadera.

¿En qué momento fue que logré desabotonarme el miedo? ¿Cuándo me fue posible revelarme ante mis propias debilidades? ¿Cuándo fue que acepté el hecho de que mi maldición no era tal cosa, sino una salvación perdurable?

Nada habría sido posible de no ser por Luca, y estoy más que seguro que es así. Pero no sé cómo o cuándo es que ese drástico cambio en mí ocurrió.

A los 12 pintaba.

A los 14 apareció la música.

A los 16 no tenía tiempo suficiente para ninguna.

A los 17, un poco inmaduro todavía, había devorado toda la filosofía que

mi padre había acumulado en la enorme biblioteca del estudio.

A pesar de todo, yo escribía.

Lo destruía todo al terminar, pero escribía.

Siempre terminaba recluyéndome en el silencio cuando, culminado el proyecto, luego lo quemaba a hurtadillas para evitar un regaño innecesario por parte de mi padre.

Luca lo sabía. Siempre supo el verdadero motivo de mi perecer anímico. Él solo hacía de las suyas para animarme.

–¿Cuándo podré leer un de tus historias?

–No son historias.

–Lo que sea que sean, quiero leerlas, aunque sea una vez. ¿Se puede? ¿Qué me dices?

–Tal vez, tal vez.

Había olvidado eso.

Había olvidado mi promesa.

Lo sé, no lo prometí como tal, pero tampoco cumplí mi parte de ese tal vez que usé tan despreocupadamente.

Nunca leyó nada porque nunca le mostré nada y ahora, tantos años después, empieza a embriagarme un infame sentido de culpa.

–No tienes por qué sentirte culpable. Si no se pudo, no se pudo y ya.

–Pero yo…

–No te distraigas, Jacob. Mira que vas muy bien.

Y tiene razón en ello.

El tiempo, tan endeble en sus propias reglas, pareció flashear ante mis ojos mientras me encontraba sumido en mi trabajo. Ver en concreto el nacimiento de unas treinta hojas en menos de un día es más que simplemente maravilloso.

El autoguardado hace su trabajo y yo me alejo de la portátil. En cierto modo sé que esto es cosa suya. Él corre hasta la cocina, como leyéndome el pensamiento, y se sienta del otro lado de la mesa sin decir palabra

alguna, solo me sonríe.

Estoy seguro que él tiene mucho que ver con todo, pero no lo dice con palabras, al menos no con palabras audibles.

–Créeme, no tengo nada que ver… por si lo estás pensando demasiado.

–Deberías dejar de meterte en mi cabeza. Lo sabes ¿verdad?

Sonríe de nuevo, mostrándome la lengua esta vez. No pierde el tiempo en recordarme la hora, replicándome que es tarde, que no hay nada para cenar y que debería dejar de tomar café tantas veces en el día.

En definitiva, hoy fue un gran día.

–Entonces, pediré una pizza.

–¡Si!

Capítulo 21

XXI

Esta mañana ha sido una de esas que transcurre de pausa en pausa. Recuerdo haberme tomado el café con prisa pues me había quedado dormido.

El reloj y yo tenemos una relación extraña donde él, sea cual sea el día, siempre me dirá que es tarde, siempre me dirá que voy retrasado, siempre me dirá que no me moleste ya en salir y yo me dedico a hacerle caso a medias. Es una cuestión casi simbiótica.

Luca ya estaba despierto. Luca ya se había adueñado del sofá. Luca no dejaba de reír mientras me veía ir y venir, a toda prisa, buscando, recogiendo y arreglando ciertos materiales de asuntos importantes. Cosas de la oficina. Pero el disfrutaba el verme ajetreado. Disfrutaba el verme tan acelerado, tan trepidante.

–¡Te ves gracioso!

–No es gracioso, Luca.

–Si lo es. Tanto apuro y, de todos modos, estarás de vuelta mucho antes.

No le presté atención. Era como si supiese algo que yo no, algo que yo ignoraba por completo y que no creería a menos de verlo por cuenta propia. Y así fue. Porque, muy a pesar de la prisa, del apuro, yo no tenía razón alguna para ir a la oficina.

La semana pasada había acabado con una cantidad titánica de asuntos de la editorial. No recuerdo siquiera en qué momento ejecuté proyectos fuera

de mis esquemas laborales, pero lo hice.

Los acabé, los entregué y estos fueron llevados al siguiente nivel. Me había ganado un mes de vacaciones por hazañas que no recordaba. Lo había olvidado por completo.

Dejé en la oficina todo aquello que me sobraba en casa. Ya finalmente el trabajo había vuelto a su lugar de origen y mi casa sería solo eso, una casa. Entonces daría marcha atrás a mis pasos, subiría al coche y encarrilaría las cuatro ruedas de vuelta al lugar donde alguien me espera, alguien que de verdad no está ahí.

–¿Alguna novedad?

–Tal vez. No sé tú.

–Por algo pregunto ¿no?

Él solo sonríe. Sonríe de esa manera socarrona con la que anuncia que tiene algo entre manos, que algo hizo, que algo ocurrió, que algo oculta a simple vista y que no dirá absolutamente nada, aunque su vida dependiera de ello.

Es una de las cosas más resaltantes de su mágica y siempre pícara personalidad. Es entonces cuando ocurre lo que ocurre. Suena el teléfono y es algo que me es más que simplemente extraño.

Luca atraviesa la sala de estar y se refugia en mi habitación a modo de cederme espacio y dejar intacta mi privacidad. La cabeza me da vueltas, el mundo me da vueltas y quisiera entenderlo. Alzo la bocina entonces.

–¿Diga?

–Pensé que no sabría de ti nunca más.

–¿Sandra?

No. No podía ser cierto. No podía ser Sandra. La misma Sandra que me dejó en claro cuáles eran sus planes, cuáles habían sido sus decisiones, cuáles eran sus opiniones.

La misma Sandra que me enumeró -uno a uno- sus errores, desde el más nimio, y todos me incluían de maneras que sigo creyendo que no podré superar jamás.

Pero escuchar su voz nuevamente, así de la nada, sin previo aviso, me ha resuelto responder varias cuestiones que había venido ignorando propósito. Cuestiones sobre mí mismo, sobre lo que creía sentir, sobre lo

que creía pensar y, la verdad de todo esto, es que no estoy listo para nada y Luca se dio cuenta de ello.

–Quería decirte que…

–No. No es necesario que digas nada. Me quedó bastante en claro lo que hablamos aquel entonces.

–No, no, no. No se trata de eso, no es para nada eso. Déjame explicarte, por favor Jacob.

Pero no pretendo escuchar, no deseo hacerlo. Aunque el corazón me esté dando zumbos en lo profundo del pecho, no pretendo hacerme ilusión alguna. No pretendo tampoco darle oportunidad alguna de retractarse.

Estoy seguro que podrá seguir adelante, que podrá estar y que estará mejor conmigo fuera de sus planes. Eso sí lo he entendido por completo.

–¿Cómo es que tú…?

–Marshall antes de…

–Entiendo. No vuelvas a llamar.

–¡Jacob, espera!

No puedo. Cuelgo. No importa.

De nuevo la cabeza me da vueltas, de nuevo el mundo me da vueltas, pero no quiero entender absolutamente nada.

Quisiera, en todo caso, desentenderme de todo, desentenderme de ella. Olvidarla como sé qué debo hacerlo porque es lo mejor para los dos, porque es la respuesta que me ofreció a gritos mientras arrojaba mis cosas por la puerta.

–No fue mi intención –dice Luca con tono arrepentido mientras yace medio oculto tras el muro que va hacia mi habitación.

Le sonrío y le digo que no es nada, que no es su culpa, que no puede serla tampoco. Entonces vuelve a la habitación. Yo también.

Pasaríamos largas horas enclaustrados, envueltos por el calor de las sábanas, él haciéndose el dormido y yo llorando hasta caer rendido.

–Sandra…

Capítulo 22

XXII

Ha pasado el día en cama. La fiebre parece consumirlo de una manera tal que jamás pensé que lo vería así de devastado. Podré sonar un tanto desesperado, pero es cuando puedo ser padre a todas mis anchas.

Es cuando puedo ver en él, en su mirar, que me necesita y que no puede hacerlo solo, así como yo tampoco puedo hacerlo solo porque, para poder ser padre, me hace falta tener un hijo.

Jacob, en verdad, heredó el espíritu aventurero de Molly Jo. Pero ¿por qué tuvo que heredar, precisamente, mi terquedad? Esa misma terquedad que lo hace levantarse de la cama aun cuando no puede mantenerse de pie.

La misma terquedad con la que intenta salir, casi a rastras, por la puerta trasera sabiendo que el clima podría matarlo. Porque su cuerpo no es tan fuerte, así como tampoco lo fue el mío en esos mismos años.

Papá tampoco fue muy buen padre. Papá tampoco pudo decirme que me quería, aunque tuvo la oportunidad de hacerlo. La verdad es que nunca quiso hacerlo. Nunca quiso ser padre, pero ahí estábamos, nos tenía.

Éramos Noah y yo contra un mundo donde nuestro padre pensaba, sentía, que no debíamos estar. Y siempre fue de esa manera. Siempre fue tan tosco y tan ruin.

Todavía me pregunto, a veces, el porqué de aquel desprecio hacia nosotros. ¿Acaso pagábamos por los pecados de alguien más? ¿De quién? ¿Acaso de mamá? Lo dudo mucho. Y esa es una duda razonable porque mi madre fue y será siempre una santa.

Es por ella que yo sigo vivo. Es por ella que no me rendí conmigo mismo, así como lo hizo Noah.

Nunca perdoné a mi padre por ello.

Y pensar que, buscando no parecerme a mi padre, terminé acercándome a él de una manera indirecta.

Es cierto, él nunca se fue de casa, pero al rehusarse a ser nuestro padre llevó a cabo un abandono presencial. Porque no hay peor forma de experimentar el abandono que viéndolo a la cara todos los días de tu vida, hasta el momento de su muerte. Una muerte que tardaría más de lo que jamás hubiese creído.

Aunque la estuve esperando por demasiado tiempo, nunca me sentí tan bien como lo esperaba. Y es que quizá, a pesar de todo, llegué a querer a mi padre. Llegué a querer a ese inexpresivo y quejumbroso hombre de hierro.

Llegué a querer a ese sujeto de camisas a cuadro y corbata café, el que conducía un jeep azul marino y usaba mocasines negros a diario. Yo llegué a querer al hombre del grueso mostacho y frente amplia, aquel que alguna vez se llamó Albert.

Y me veo reflejado en él de cierta forma, pero no quiero hacerlo. No quiero parecerme al monstruo de mi infancia, al villano de mi juventud, al asesino de mi hermano.

No quiero parecérmele en lo absoluto. A quien quiero parecerme más a mí mismo. A ese que vive enamorado de la idea de que su hijo lo quiera a su lado.

Solo busco parecerme a ese que desea verlo crecer, verlo encontrarse consigo mismo y madurar. Quiero, con todas las fuerzas que me quedan, ser el hombre que mi padre jamás pudo ser.

Ganarme así la oportunidad de escuchar, de la voz de mi hijo, que finalmente me perdona por haberle fallado. Eso es lo único que anhelo.

Capítulo 23

XXIII

Las cosas han perdido totalmente el sentido de la realidad.

Aquellos pensamientos minúsculos, casi olvidados por los tiempos presentes, resurgen de un recóndito pasado y se pasean por mi departamento luciendo piel clara y cabellos rojos.

El pasado más cercano ha hecho acto de presencia tras la línea telefónica mientras termino de aclarar ciertos aspectos del que soy y del que alguna vez fue el Marshall que conozco a medias.

¿Acaso tengo asuntos pendientes con la eternidad?

–Algo así, pero menos dramático.

–¿Para ti que es menos dramático, Luca?

–No lo sé, dime tú. Tú eres el adulto aquí.

Pero no es cuestión de ser o no el adulto. Sobre todo, cuando me siento tan confundido, tan desprotegido, tan a la deriva de mí mismo, con la mente siempre en blanco, excepto cuando está Luca, aunque sé que él nunca ha estado de verdad, que son solo cosas de mi imaginación, desvaríos de un auténtico demente que intenta reorganizar su vida yéndose a ningún lugar en sus pensamientos.

–Otra vez estás siendo exagerado, Jacob.

–¿Te lo parezco?

–Un poco. Bastante, sí.

Y debo pensarlo claramente mientras sigo resguardado bajo las sábanas. Luca salta sobre la cama y me siento flotar sobre las aguas un vasto océano.

La calma es falsa y la tormenta adorna un horizonte borroso que relampaguea constantemente. De resto, solo somos el agua, el vaivén de la marea y yo.

Sé que debo pensarlo con tiempo, con calma. Sandra no me llamaría solo porque sí, esa es una de las imposibilidades del mundo. Sobre todo, porque Sandra no sabe disculparse, no sabe retroceder, no sabe arrepentirse. Cosas que yo hago demasiado con demasiada habitualidad.

–No veo nada malo en ello.

–Pero lo es, en cierto modo.

–Nunca entenderé a los adultos.

Sonríe y se deja caer sentado sobre la cama. Se me queda mirando fijamente con esos ojos de fantasía mientras mantiene esa sonrisa en el rostro. Algo planea o algo tiene justo en la punta de la lengua y se niega a decirlo.

El Luca de siempre vuelve a hacer de las suyas. Marshall había salido. Había mencionado algo sobre unas medicinas que no entendí del todo bien.

Yo seguía un poco mareado, un poco torpe, y me costaba demasiado esfuerzo mantenerme de pie por mucho rato, así que simplemente me aislé en mi habitación, tendido sobre la cama muerto de cansancio y aburrimiento.

La puerta se abre.

Una cabellera pelirroja se pasea, silenciosamente, por mi habitación y se recuesta a mi lado.

–¿Cómo te sientes?

–Creí que no querías volver a verme.

–Admito que exageré un poco.

–¿Solo un poco? ¿Tú crees?

–Un poco. Bastante, sí.

Y me miraría de esa forma en la que solo él sabe pedir disculpas, la misma con la que suele develar secretos. Porque le cuesta demasiado hacerlo con palabras, así como me cuesta a mí corresponderle sus intenciones.

Solo le sonrío y lo tomo de la mano.

¿Acaso en eso es lo que piensa? ¿Es por eso que me mira y sonríe de esa forma? Porque, haciéndome a un lado, esperaba no volver a saber de Sandra.

O, al menos, me había dado por entendido que no sabría más de ella después de mandar al diablo lo nuestro, todo por un capricho insulso e irrelevante.

¿La he dejado de amar? Tal vez un poco, sí. Porque estoy seguro que puede vivir la vida que pretende, de la forma en que pretende hacerlo, con o sin compañía. Para personalidades tan apisonadoras, lo imposible lo hacen posible, así como los magos hacen magia.

–Entonces hazlo.

–¿Hacer qué cosa?

–Tú sabes, no te hagas.

Por supuesto que lo sé, es solo que no estoy seguro de querer hacerlo, de poder hacerlo. No estoy seguro tampoco de qué conseguiría haciéndolo, así que, dejar esa opción de lado, me parece lo más fácil, lo más sensato, lo menos imposible.

Entonces Luca me toca el hombro y, con su sonrisa de niño loco, se señala a sí mismo con ambas manos haciendo un bailecito gracioso.

Porque sabe que estoy pensando en imposibles y trata de recordarme que él también lo es, pero está aquí conmigo, de nuevo, a muchos años de distancia.

¿Qué tan loco debe estar un hombre para seguir los consejos de un niño de doce años? Sobre todo, cuando hablamos de un niño de doce años que no existe en verdad, que solo es producto de una imaginación atrofiada, estresada y, virtualmente, independiente.

–Te he dicho que dejes de decir que estás loco.

–Lo he intentado.

Capítulo 24

XXIV

Llevo días pensando en mí mismo, pensando en Sandra, pensando en nosotros.

También he estado pensando en las cosas que preferimos callar, las que no nos atrevimos a aclarar y las que no nos dio la gana de decir por puro orgullo.

Cosas que nos mantienen así, como ahora, distanciados y casi desconocidos. Las mismas que nos hacen pensar en ellas porque, aunque nos callamos la boca, ellas no se callaron con nosotros.

Tanto deambular por el pasado más presente me hace también cuestionar, una vez más, las razones que tiene Luca para venir desde lo más recóndito de un pasado tan lejano. Y es que preguntarle sería perder el tiempo, porque ya lo hice.

Entonces me sonríe y me pregunta por Sandra. Si pretendo llamarla o no. Que, en su opinión, piensa que he tardado suficiente.

–Hazlo hoy –dice mientras desvalija las galletas que compré para ambos; –Prometo no escuchar.

–No tengo problema con eso –miento.

–¿Pero…?

–No sé qué puedo decirle o qué no debo decirle.

–Ustedes los adultos… –suspira para luego escabullirse a la habitación con

la boca repleta de galletas.

Odio admitirlo, pero tiene razón. Siempre la ha tenido respecto al mundo de los adultos: siempre gris, tedioso, complicado por gusto propio y "anti-humano". La palabra secreta con la que solía calificar la vida después de cierta edad: es "anti-humana".

Recordarlo me da risa. Verlo asomarse fuera de la habitación, porque me río solo, me causa más risa todavía y no me contengo en hacerlo a carcajada suelta.

Él, con sus galletas –y las mías–, vuelve a la cocina y se sienta a la mesa, mirándome con el ceño fruncido, como buscando un término para calificar mi locura por encima de la locura misma.

–Estas de un anti-humano nada normal –dice al llevarse una galleta a la boca.

–¿Verdad que sí?

–¡Totalmente!

Secundo entonces su disertación. Tomo un par de galletas y me dejo caer, nuevamente, sobre la tierra húmeda. El sol calienta, pero no demasiado, mientras la brisa parece querer decirme algo.

Recuerdo no haber tocado las aguas del lago y, sin decir nada, me desvisto y me arrojo, libre de prendas, a los brazos de una marea apagada. Siento los ojos de Luca, todavía, fijos en mí mientras me alejo lentamente de la orilla.

El agua está como siempre: perfecta. La brisa amaina y el sol comienza a calentar enserio. Las aves corean a lo lejos, desde el profuso verde de los árboles, toda una sinfonía multiforme tan llena de colores, de vida.

Es la primera vez que pretendo no pretender nada y se me escabullen ciertos fantasmas heredados por mi madre, por la madre de mi madre y, a su vez, la madre de esta.

Luca me mira, lo sé, aunque no haya virado para comprobarlo.

Me detengo lo suficientemente lejos de la arena y de las hojas, donde solo somos el sol que quema, el agua que bambolea serena y yo, que pretendo no pretender nada, buscando un lugar propio en medio de todo aquello.

Entonces siento una mano sobre la mía. Una mano que me busca bajo las

aguas y me trae de vuelta al mundo de los despiertos.

–También recuerdo ese día –dice Luca con la mirada un tanto esquiva.

–No me sorprende.

–Ese día también lloraste. Usaste el lago para disimular.

–Esperaba que no lo notaras.

Es la noción del tiempo perdido la que cae, de a poco, por mi rostro. Es la escueta y quebradiza voluntad del que duerme despierto intentando obtener una respuesta de sí mismo chapoteando en la memoria, como lo haría un niño sobre un charco.

Porque Sandra no se ha ido a ninguna parte como creí. Sigue en el mismo cuarto de hotel, piso siete, habitación 171, al final del pasillo. Así bromeó siempre con el lugar que dice habitar en mi torpe corazón insensible.

El mismo corazón que la hizo a un lado para exiliarse en otro apartamento, buscando escapar de ella sin abandonar la misma ciudad, sin abandonar la misma vida, como esperando que me encuentre, porque siempre lo he sabido: me encontrará.

Tarde o temprano, pero lo hará.

Y ya lo hizo.

Capítulo 25

XXV

Tarde o temprano habré de detenerme. Habré acabado por completo con mi propia vida a expensas de una búsqueda sin propósito alguno, además de un irremediable amor.

Tarde o temprano se me apagarán las fuerzas, se detendrán los relojes y caeré inerte sobre una cama embarrada de mierda, porque ni eso podré controlar al momento. A esas llegaré, devastado y solo, Molly Jo, porque no te alcanzo, porque no te encuentro.

Porque nuestro Jacob me es un desconocido, así como lo soy para él. Un maldito y triste loco que llora cada noche, con una botella bajo el brazo y la voz quebrada por tu nombre.

Tarde o temprano llegaré a viejo, Molly Jo, y me quedaré a solas conmigo porque Jacob tendrá que irse. Y se irá impulsado por lo que sea que lo impulse a dejarme, por lo que sea que se geste en su brillante cabeza y lo lleve lejos, muy lejos, del fracasado en el que me convertí por traicionarte.

Se irá porque tiene que hacerlo, porque debe hacerlo. Porque debe ser mejor de lo que fui, de lo que soy y seré siempre mientras te busque con un ancla encadenada a los tobillos, con una venda de acero soldada sobre los ojos, con las manos amputadas hasta el antebrazo.

Es una tarea imposible ¿no lo crees?

Pero la haré, porque esa es mi penitencia. Y Jacob se irá también, porque esa es mi penitencia. Y no te hallaré nunca, Molly Jo, porque esa es mi

penitencia.

El amor se volvió castigo y el castigo parece florecer cada mañana, al despertar, al abrir la puerta de la habitación y saberme en compañía de aquel que te representa tan indirectamente, que me recuerda tu recuerdo, tan indiscretamente, que me hunde en silente agonía, tan anómalo, tan mortal.

Y no estas ausente cuando él me mira, porque te veo. No te has ido del todo porque estas enraizada en su manera de hacer las cosas, en su manera de decirlas, de pedirlas también.

Entonces Jacob es Jacob siendo tú. También lo es siendo yo, porque no somos tan distintos, no somos tan dispares.

Mientras lleve consigo mi rostro de niño, mi expresión de rufián, Jacob será Jacob siendo Marshall, aunque no lo sepa hasta después de que ya no esté, hasta muy luego de mi irremediable partida, cuando todavía no me habré librado del fracaso y no habré sabido más de ti.

Capítulo 26

XXVI

Volver a la oficina es, en cortas palabras, anti-humano. Intentar volver a lo habitual también lo es. Pasarla en vela, noche tras noche, pensando en Sandra no lo es, pero me hace sentir de tal manera.

Luca no para de decirlo. No deja de llamarme de esa molesta forma mientras se pasea por todo el apartamento, abandonando las habitaciones cuando las habito.

No es necesario que lo diga, porque es bastante evidente, pero su enojo y mi pésimo humor, al parecer, están relacionados, conectados de una manera que no puedo asimilar.

–¡Llámala de una buena vez!

–¿Para qué? ¡No molestes! –Pero insiste.

A veces creo que se ha ido por el pesado silencio que queda revoloteando de un lado a otro, como mariposas de hierro.

Luca mantiene las luces apagadas. Se oculta en la penumbra más densa y se aplaca un silencio eterno entre sus labios. Siempre me costó darme por vencido ante sus caprichos y sus pataletas de malcriado.

Justo así lo recuerdo de la última discusión que, en aquellos otros días, tuvimos. Porque no podría olvidar el momento en que dejarlo ir se convirtió en una culpa corrosiva, enfermiza, casi letal.

¿Habría sido diferente el resultado? ¿Habría virado, el destino, la perilla de una puerta cerrada y dibujado un posible mejor para los dos o, al menos,

para él?

Preguntas así sucumben ante mi debilidad (¿o soy yo el que sucumbe ante ellas?) y Luca vuelve a desaparecer más allá del umbral de la puerta trasera. Se escucha el pesado golpe de la madera contra la madera, del metal contra el metal, y un sonido seco que, con leve tintineo, anuncia un rebote.

La puerta ha quedado abierta, así como mi posibilidad de ir tras él, de buscarlo y arrepentirme de mi libre albedrío, darle ciega razón a su capricho y ganarme su sonrisa como recompensa. Pero no.

Jacob Cannister no podría haberlo sabido, porque era demasiado joven todavía. Demasiado ignorante.

Si pudiese, le diría qué cosas debió hacer o decir, qué cosas no. Cambiaría el destino de aquella vida que tuve solo para borrar esta que tengo ahora.

Ser otro Jacob. Uno muy diferente, tal vez. Uno que todavía conserve un mejor amigo de tantos años, pero tal cosa es imposible, siquiera pensable. Aquella cosa es pura ciencia-ficción y nada más. Porque volver en el tiempo no salva vidas, ni siquiera una: las destruye todas.

Yo destruí a Luca. Destruí su oportunidad y todo por una niñería propia de esa edad. Niños, a fin de cuentas.

¿Será por eso que está aquí? ¿Acaso es una cuestión de culpas? ¿Acaso necesito redimir mis propias decisiones? ¿Y por qué justo ahora y no antes? ¿Cuál es la diferencia entre mi ayer y el hoy que transpiro con desgano, si hace mucho que me alejé de Sandra, hace mucho que me alejé de todo cuanto tenía?

–Te estás olvidando de alguien –dice mientras me da la espalda sentado en una silla a mi derecha. Había olvidado que estaba en la oficina.

–No te he olvidado.

–No es de mí de quien estoy hablando –dice con un enojo pesado; –Deberías tener cuidado con ‘eso’.

Debería tener cuidado con ‘eso’, me dice, cuando ‘eso’ tiene un peso rotundo en sus palabras.

‘Eso’ es mi memoria selectiva, mi maquinita de desechos, porque todo lo elimina, lo desgarra, lo envía lejos de mi alcance para así olvidarlo. Pero termino recordando tantas cosas, porque nada olvido, solo olvido a la

gente.

Me olvidé de mi madre… Me olvidé de Marshall… Me olvidé de Sandra… Me olvidé de mí mismo… Pero no he, tampoco, olvidado nada ni a nadie. Ni siquiera a Luca. Y la culpa viene con muchos nombres, sobre todo el mío. Ante nada, el mío.

Yo destruí a Luca.

En el momento en que me quedé solo, mirando la puerta mal cerrada, con la idea —sin definir— de ir a buscarlo, de seguir, paso a paso, su rastro por el sendero y llegar directamente hasta el lago, tomarlo del brazo y darle la razón, hacerlo volver conmigo a casa y dejarlo a salvo bajo el techo que me resguardaba.

Si hubiese hecho eso, al pie de la idea, no habría recibido, aquella noche, la noticia que me rompería el alma joven y me agriaría, como a cualquier viejo, la vida entera.

Capítulo 27

XXVII

Cae la noche del tercer día y Jacob parece no querer levantar la mirada del suelo. Permanece estático por largas horas con la mirada perdida y, a veces, con el correr de sus lágrimas bañando el suelo.

Insiste en culparse a sí mismo. Insiste en querer cargar con el tormentoso peso de una culpa ajena y una pérdida propia, todo a la vez. Se impone un castigo como el mío, uno que no deseo que lo carcoma a futuro.

Pero el tema ha quedado en completa prohibición, porque así lo ha dejado en claro. Porque así, Molly Jo, siempre tomaste todas y cada una de tus decisiones.

Nuestro hijo, hoy, intenta enfrentarse al mundo real desde muy dentro de sí mismo y temo que pierda la cabeza en semejante campaña.

¿Te has preguntado alguna vez, Molly Jo, a quién de nosotros imitará mejor en su porvenir? Espero, con todo el corazón, que intente ser como tú lo más posible.

Que se aleje del mal ejemplo del viejo Marshall y supere la maldición de los Cannister, esa que nos hace destruirlo todo con las manos sin tocar nada. Y sabes que no exagero cuando lo digo: soy ejemplo de ello.

Cae la noche del tercer día y sus pasos no van más allá de su habitación. Lo he visto embaular sus posesiones, aquellas que compartió con Luca desde que llegó, y me ha costado reconocer, en el minucioso orden de las cosas, sombra alguna de nosotros.

Creo haber descubierto algo importante. Algo del Jacob que solo es Jacob,

sin reservas. Y es triste descubrirlo de esta manera. Es triste.

No tengo palabras para reemplazar una tan simple, tan corta, tan habitual y poco explícita. Pero es cierto: es triste. Solo eso ha quedado anclado en los gestos de Jacob, en su mirar y en la voz que, apenas, ha logrado usar a lo largo de estos tres angustiosos días: tristeza.

Una tristeza, Molly Jo, que conozco, que reconozco, que no supe combatir y que, ahora, veo enjuiciar a mi único hijo, arrinconándolo de nuevo en un mutismo indescifrable.

La noticia: fue demasiado. Su rostro al escucharla: fue demasiado. Que todavía no se haya atrevido a desahogarse, a llorar de verdad, a gritar, a patalear, a maldecir —tal vez—: es demasiado.

Te necesita, Molly Jo. Y yo también.

Capítulo 28

XXVIII

Escapo de las leyes de la cotidianidad. Escapo de las garras del yo que vive recluido en un falso exilio y me instalo ante una cafetería, en el exterior, bajo el sol ardiente de este mes intranquilo, gozando de la espera.

Luca optó por no ser mi chaperón. Cumplió su palabra al pie de la letra y se mantuvo al margen de los asuntos adultos, aunque me encantaría poder hacer lo mismo. Como dije: gozo de la espera.

Aunque lo pensé mil veces, me vi forzado a hacerlo de todos modos cuando, a altas horas de la noche, el teléfono casi convulsiona de tanto repicar. Luca tomó el auricular y me lo pasó a modo de obligación, a modo de deber, de tarea pendiente.

Entonces surgió Sandra del otro lado de la línea y yo solo esperaba, con ansias suicidas, recibir una bala perdida y caer muerto sin más.

–Perdona la hora –dijo; –No podía dormir.

–Descuida. Tampoco he dormido mucho que digamos.

Luca desaparece. Quisiera poder hacerlo también.

Sandra, se nota, modula su habla, como buscando mantener una distancia que le cuesta cubrir a cabalidad. Me encuentro en las mismas.

Por muy neutrales que intentamos ser, la mentira prefabricada se descarna con el correr de los minutos hasta dar por sentadas las hostilidades. Igual, no deseo escucharle, no deseo saber de ella. No lo

deseo, pero el corazón se despotrica insano al hacerlo de todos modos.

–Sé que no es buen momento –dice; –pero creo que deberíamos, tú sabes…

–Sí, lo sé –respondo muy fríamente.

–¿Entonces? –pregunta al cabo de un breve silencio.

–Mañana, a eso de las tres, tendré tiempo de sobra.

No entiendo el porqué de mi propia medida, de mi propia elección. Pero estoy buscando algo desde el escape, desde el exilio, desde el silencio que le impuse a mi existir cuando me alejé de ella con la promesa, ilusa promesa, de desparecer.

Y me fui. Me fui sin haberme ido a ninguna parte. Desaparecí sin haberlo hecho, buscando olvidarme de lo inolvidable, porque me acostumbré a eso, me acostumbré a ella. Es por eso que termino buscándola de nuevo, sin siquiera buscarla de veras.

Sandra Koen. La misma Sandra Koen de la que, en otros tiempos, me había encaprichado con absurda locura, resurgía de ninguna parte hasta el ahora que pretendo.

La misma muchacha morena que, en mi juventud, sabía cómo distraerme de la vida, del mundo, con solo pasar frente a mi casa y disparar sus cálidos “hola”, hoy, tantos años después, todavía tiene el toque para hacer lo mismo con su voz. Esa voz que solo Sandra, mi Sandra, sabe usar como un arma de enamoración masiva.

Y permanezco, por ella, en la espera. Permanezco perenne en esta silla incómoda, bajo un sol abrasador, a las tres y tanto de la tarde.

Una cabellera roja no pasa desapercibida al otro lado de la avenida: Luca, sin duda alguna, no ha podido esperar el tiempo acordado.

O no ha querido hacerlo.

O intenta engatusarme por una tarta de chocolate.

O solo se trata de Sandra.

–¿Se trata de Sandra? –le pregunté más temprano.

–Sí, y no –respondió sonriendo; –Falta alguien. Piensa.

Falta alguien. Falta algo. Siempre habrá una ausencia de alguien, de algo, de ambas cosas. Porque aquello que fuimos alguna vez, de algún modo, prevalece en el presente, pero no tan latente, no tan vívido, no tan carnal.

Aquello que fuimos se vuelve, luego, aquello que nos libra de todo lo que nos ha herido, de todo lo que nos ha volcado el ser sobre las llamas. Nos hace renacer, cual fénix, de las cenizas y sana cuanta herida nos haya sido tatuada sobre la piel.

Quizá Luca sea una herramienta de 'aquello'. ¿Qué hay de Sandra? ¿Qué hay del asunto sin nombre que permanece sembrando distancias de su nombre —el de ella— y el mío?

Sé que pesa más mi culpa y mi motivo, pero no por ello soy el único culpable de una culpa que no es del todo culpa.

Por ello es que no lleva nombre, aunque nos irradie imposibles desde los adentros, desde las convicciones que nos embriagan, desde la noche que opté por dejar aquella casa atrás.

Escapé de lo que ahí había. Escapé de lo que ahí tenía. Escapé también de ciertas vaguedades, de algunas responsabilidades que, en su momento, carecían de peso o importancia.

Nunca habría librado yo un escape semejante. Nunca habría librado tal cosa. ¿Qué me hizo hacerlo? Todavía lo pregunto con la esperanza de entender un poco mis propios pecados, mi propio pensar, mi propio abandono.

Entonces aparece Sandra, a lo lejos. Aparece una vibrante agonía en mi pecho, una extraña mezcla de afectos, de amores, de vacíos y desprecios.

Capítulo 29

XXIX

Tenía razón: no era, todavía, buen momento. Ambos lo sabíamos, pero opciones no quedaban y tampoco se podía esperar demasiado.

El asunto será delicado, siempre, y no había forma de seguir huyéndole a esa inflexible verdad. Eso también lo sabíamos.

Sabíamos que el tiempo perdido ya no tiene, ni tendrá nunca, remedio. Esa es una cuestión que no deja de pisotearme el alma.

Es por ello que lloro. Es por ello que requiso, de nuevo, el contenido de la misteriosa cajita, rearmando un rompecabezas que no sabía cómo configurar, pero que ya tengo pistas para hacerlo.

Por eso Luca…

Por eso Marshall…

Incluso Sandra, de alguna manera que todavía no entiendo…

Y no sabía nada porque no había querido saberlo. Por ello lloro. Lloro al igual que aquella lejana vez, cuando me arrebataron a Luca por culpa de mi propio e infantil egoísmo.

Lloro al igual que lo hice el día en que Marshall me dejó para siempre sin haberle dado, antes, otra oportunidad, sin haberle pedido perdón, sin haberle siquiera dicho que lo amaba.

Porque llovía aquella vez en que, teniendo trece años, recibí la noticia de su muerte horas después de nuestra discusión. Que fue cosa accidental,

habían dicho los adultos de uniforme azul, los de patrullas blancas.

Pero aquella cosa había sido una mentira infame: a Luca lo perdí por mi culpa. A Luca lo perdí para siempre por mi culpa.

–¡Eso no es cierto! –dice él con los ojos llorosos. Yo no digo nada más. No puedo decir nada.

Debí ceder. Debí ser títere de sus niñerías y guardarme su sonrisa para el día siguiente, el día en que celebraría su cumpleaños número trece.

Y no pude seguir adelante por mucho tiempo porque su muerte la sentí impregnada con mi propia esencia. Le destruí la vida como se destruye una copa de cristal al arrojarla, con furia, contra una pared de concreto.

No pude volver al lago.

El corazón no soportaría la idea de una soledad tan intensa, de una tristeza tan agobiante y una culpa casi fulminante, todo a la vez.

Tampoco podía con la idea de verme ante las aguas en las que, aquella vez, habían encontrado el cuerpo del menor de los Dubois, el pelirrojo, flotando boca abajo, llevando todavía mi ropa puesta.

–¡Debía estar contigo! –le digo mientras pierdo la razón y el corazón, entre pieza y pieza, de una historia que jamás podré olvidar.

Porque tampoco fui lo suficientemente hombre para darme por vencido ante mis propios errores, tomar la palabra de Marshall y hacer algo de verdad con lo que ya sabía de la mierda que me estaba pisoteando.

Pero fui tan obtuso, terco, ciego.

Preferí llamarlo loco, entrometido. Preferí dejarlo solo en aquella cama y desentenderme por completo de su tiempo, el que casi ni tenía, solo porque no quería cumplir con mi papel de hijo.

Entonces el tiempo me sobró para todo, menos para él. Y lo hice todo, menos estar con él. Y ahora, ya no está. Ahora no puedo decirle lo que siento.

Tenías razón, Sandra, al decir que no era buen momento. Apenas y sé cuándo murió Marshall, porque ni eso lo supe a tiempo. Que no asistí a su velorio, ni al entierro, y quedé relevado de mi título de primogénito solo porque creí que sin eso todo estaría mejor.

Pero no fue así. Y hui de todo porque no me sentí digno de nada, de nadie. Porque Sandra no merecía a alguien como yo en su vida. La culpa,

desde hace mucho, ha venido siendo mi razón de ser.

Capítulo 30

XXX

«Querido hijo. Amado Jacob.

Al momento en que leas estas palabras, muy probablemente, habré muerto ya. Me tomé la libertad de llamar a Sandra e informarle de tu paradero. Espero la hayas recibido en buenos términos, esos que no tuvimos la oportunidad de establecer entre nosotros, así que ya no importa pensar en eso.

Tampoco importa pensar demasiado, querido Jacob, muchacho. Esas cosas son las que pesa en tu nombre y en el mío. Una herencia maldita que nos ha hecho mucho daño sin ser, en verdad, la gran cosa.

Me he tomado el tiempo de pensar las muchas cosas que nunca te dije a causa de nuestra maldición, a causa de nuestro miedo de decir, de contar, de hablar y aclarar las aguas que nos ahogan desde dentro, desde la memoria, desde el corazón.

Después de tanto pensarlo y tanto recordar, después de ponerlo todo en perspectiva y sacudirle el polvo a ciertas verdades, solo puedo decir una única cosa que, en verdad, vale la pena: PERDÓNAME.

Perdóname por no haber sido el padre de aquel jovencito que, luego de mi abandono, volvería a mi vida tantos años después. Perdóname por no abrir la boca en el tiempo debido e intentar actuar como padre cuando ya tu vida es otra. Pero no podía no intentarlo una última vez. Siento que te lo debía, así como me lo debía a mí mismo.

También le debo, y le deberé por siempre, mil perdones a Molly Jo, tu madre. Nunca te pregunté por ella en aquellos años. Tampoco lo hice en los más recientes. Se me fue la vida buscándola, Jacob, y ya las horas no

me dan para más.

¿Tanto me odió? ¿Por qué te dejó conmigo a pesar del odio? ¿Qué le hizo confiar que podía con la tarea? Y no creas que no te quise conmigo, Jacob, porque nunca te hubiese dejado ir a otro sitio.

Pero Molly Jo… nunca la olvidé, hijo. No pude hacerlo. No pude perdonarme. No pude acercarme a ti. No pude hacer nada bien en mi vida.

Sin poder decirte más, solo porque no encuentro cómo, se despide con sincero amor y un arrepentimiento indescriptible, tu padre…

Marshall N. Cannister.»

Capítulo 31

XXXI

La buscó siempre. La lloró cada noche, sin falta, encerrado en aquel desordenado estudio mientras colgaba y descolgaba el teléfono, una y otra vez, día tras día, noche tras noche, buscándola, preguntando por ella sin obtener respuesta alguna, porque nadie lo sabía tampoco.

Ahora es que veo las respuestas con claridad insospechada. Porque siempre tuve las respuestas conmigo, mas no conocía las preguntas que les daban vida, sentido, un propósito claro.

Desde el día uno, Marshall, tuve la llave de tu libertad. Tuve en mis manos la respuesta de aquellos días funestos, de aquellos años ya perdidos y, ahora, te he perdido para siempre.

Es que sé que debí abrir la boca desde que nos reencontramos, desde que volví a tenerte como padre, aunque no me agradaban ni la idea ni tú, pero aquella era cosa de dos.

Aquello que fuimos, tú y yo, en el reencuentro, se perdió para siempre al no resolver lo que los años convirtieron en oportunidad.

Mamá Jo había muerto ya hacía un mes. Antes de volver mis pisadas en tu dirección, Marshall, ya ella se había ido, ya ella me había dejado. Y supo cómo desaparecer. Supo cómo hacerse olvidar por todos, excepto por ti.

Porque me lo contó todo, de principio a fin, con cuantos detalles puedas imaginar. Y me dijo que lo eras todo también.

Porque no podía, aunque quisiera, dijo, volver a verte para explicarlo todo, para entregarme ella misma y luego caer, para siempre, rendida en

los brazos de la muerte, con la consciencia tranquila y el corazón entre tus manos.

Nunca dejó de amarte como en un principio, a pesar de todo, a pesar de nada. Nunca dejó de pensar en que la vida, nuestra vida, habría tomado un curso muy distinto si te hubiese halado por las orejas, si te hubiese abrazado con la misma fuerza y rabia con la que se deshizo de ti en un principio.

"El peor de todos mis errores" habría dicho en más de una ocasión, al decir tu nombre en voz alta, todavía enamorada, todavía arrepentida, todavía culpable.

Aquello era amor, un amor de esos que no quedan.

–¿Y no dijiste nada? –pregunta Luca a punto de venirse en lágrimas.

–No, nunca.

–¡Pobre señor Cannister!

–Sí. Pobre Marshall. Pobre papá.

Entonces recupero todo lo que tengo de ambos, todo cuanto he podido proteger del pasar del tiempo y lo resguardo en cajas nuevas, cajas limpias, en las cajas de mamá.

Ya nada queda de ellos más que fotos y papeles descoloridos. Recuerdos transcritos sobre hojas y hojas que mamá le dedicó a papá, cartas que éste nunca logró enviarle y ahora sé el por qué. Aunque ya lo sabía, pero no lo sabía por completo.

–Todavía te falta recordar.

–¿Recordar qué? ¿A quién, Luca?

–¡Debes recordar!

Capítulo 32

XXXII

Han pasado tres semanas, las más largas de mi vida. Luca ya no está, se ha ido. Después de aquella noche no lo vi más, no lo escuché más, no discutimos más. Me sentí solo.

Sandra me ha llamado de nuevo y le he dicho que nos veamos, que hablemos, que la hora no importa, que se joda el trabajo. El tiempo ya lo hemos perdido suficiente y es momento de dar un paso en falso, de salir del encierro y dejar de temerle al error.

La voz de Luca, en mi cabeza, insiste que falta alguien, que debo recordar a alguien de quien no tengo la menor idea todavía. Detrás de esa insistencia fantasmal debe haber alguna razón, una lo bastante buena como para darse las molestias de estarse una temporada conmigo.

–¡Debes recordar!

¿Recordar qué? ¿A quién? No tengo idea.

Mientras, solo pienso en Sandra. Pienso en su cabello oscuro al otro lado de la línea telefónica, en su voz deambulando por mis oídos, en su sonrisa que, quizá, vuelva a ser mía. Pienso también en sus caricias, en sus besos, en nuestras aventuras a puerta cerrada.

¿Existen las segundas oportunidades? ¿Las segundas? ¿Las terceras? ¿Acaso un nuevo inicio no es, por defecto, una oportunidad?

–¿Sigues ahí? –pregunta al notar que no respondo; –¿Otra vez te quedaste pensativo?

–Sí, sí… perdona –respondo torpemente, espabilándome; –He vivido un mes algo extraño. Siento que necesito un descanso.

–Entiendo. ¿Eso quiere decir que…?

–No, no, no, Sandra. Claro que no –reacciono; –Es una cita.

Y ríe. Su risa es como la brisa de verano que entra por la ventana a golpe de media tarde. El recuerdo de su llamativa sonrisa, esa que solo sabe llamar la atención de cuanto la ve, me aviva el deseo de tenerla aquí conmigo.

Quisiera haberle dicho "vente ya", pero aun no aprendo a desligarme de mis minúsculos e insípidos temores. Cosas de un Cannister.

–Mira que no iré sola –dijo y me dejó pensando; –Alguien quiere verte desde hace rato.

–¿Sí? Interesante.

–¡Debes recordar! –resuena en mi cabeza de golpe.

Me he quedado sin palabras. Sandra se despide y, con entusiasmo, me asegura estar deseosa de volver a vernos. Admito que yo también, pero no lo divulgo, no lo dejo salir más allá de los rincones de mi pensamiento.

Luego silencio. La llamada ha finalizado y el teléfono me lo notifica con su pitido de muerte.

–¡Debes recordar! –resuena en mi cabeza de nuevo. Luca se ha ido, pero no esa última frase, no sus últimas palabras. ¿Cuáles habrían sido sus verdaderas palabras finales aquella noche? ¿Cuáles habrían sido sus últimos pensamientos? ¿Cuál habría sido la posibilidad de…?

–¿Eres idiota o te haces? –me digo a mí mismo como imitando un poco a Luca. Estoy seguro que él habría dicho algo similar. Entonces me río de mí mismo y de mi absurdo comportamiento.

Sandra vendrá mañana. Sandra vendrá y no pienso en nadie más, excepto en Luca. Sigue presente, de alguna forma, en el ahora, impreso en esas últimas dos palabras, en esa diminuta oración, en ese mensaje que no logro decodificar por completo.

¿Recordar a quién? Siento que la respuesta está en mí, pero sin estarlo del todo. Que controlo ese conocimiento a voluntad, pero que he hecho algo para silenciarlo, para dejarlo en un mutismo forzoso, casi olvidado

por mi propio tiempo, por mi propio ahora.

Y ahora debe regresar, debe despertar, debo despertarlo.

–Tienes toda la razón –diría Luca desvalijándome la alacena.

Puedo asegurar, entonces, que en alguna parte debe existir una pista, que algún rincón de esta cueva debe haber rastro alguno de la persona, del rostro, del nombre que debo recordar, de ese individuo que Luca insiste en que debo recordar.

Y debo insistir también en recordarlo, en traerlo a mi hoy, así como Luca vino de mi ayer solo para recordarme las cosas, para enseñármelas de nuevo, para mostrarme otras que sabía sin saberlas del todo, para declararse uno conmigo, con mi pasado, con mi presente y con el futuro que me espera al otro lado de esta pregunta, al otro lado de la respuesta que le asigne.

Entonces me tropiezo, a lo largo de la noche, con un insomnio fatídico, un silencio inmune a los gritos, un aura de abandono infame. Estoy solo. Me siento solo.

El silencio me parece corrosivo, la memoria me parece endeble y luego está Sandra. Entonces no me veo solo. No me siento solo. Sandra yace, todavía, regia, sólida, indomable. Mi piedra angular, mi base de operaciones, mi centro de comando, mi nave madre.

¿Madre? ¡Eso es! ¡La pista, la senda de polvo, la grieta en el muro, la he encontrado! Madre. Sandra es madre. Jacob es padre, soy padre. ¡Cameron!

–¿Tardaste tanto en darte cuenta? –diría Luca; –Eso es demasiado anti-humano, incluso para ti.

¿Cómo es posible que un hombre olvide que es padre? ¿Cómo un hombre, luego de recapacitar, de ver tras de sí el rastro de porquería que ha dejado al avanzar, podría sentirse seguro con aquel título?

¡Marshall, perdóname de corazón por no comprenderte desde un principio! ¡Y ahora lo sé! ¡YA LO SÉ! ¡Ya te entiendo! ¡Ya entendí!

∞

Suena el timbre.

Mis nervios pueden ser tomados por cosa de tontería, porque luzco como tal, como tonto. Pero se trata de algo importante, de algo en verdad importante.

Suena el timbre.

Sé que se trata de Sandra, sé que se trata de otra oportunidad, o quizá de un reinicio. Sé que se trata de una posibilidad nueva hacia un mundo posible, uno donde ya no seamos Sandra por un lado y yo por el otro, sino uno donde, después de un largo año de distancias y escaramuzas, por fin pueda volver a mirarla a los ojos sin sentir vergüenza de mí mismo, porque ahora sé que la merezco, que me merece.

Suena el timbre.

Mi corazón insiste en querer matarme de un ataque, pero debe entender que no es el momento propicio para ello. Que mi reloj biológico no dictamina, en mi porvenir a corto o largo plazo, ataque al corazón alguno, solo una posible felicidad.

Sí, una felicidad. Una enorme y prolongada felicidad donde Sandra y yo compartimos el tiempo de nuestras vidas, donde vuelvo a compartir las responsabilidades de adulto con ella, donde cumplo mi papel de padre junto a Cameron.

Porque así debieron ser las cosas desde el principio que nos negamos. Desde el inicio de todos los conflictos, nos segamos a la posibilidad, nos negamos a ver más allá de lo que yacía en nuestras palabras, en nuestras ideas preestablecidas.

Porque no podemos andar por la vida en modo estándar, por defecto, porque hay cosas que requieren un poco más de dificultad para ser experimentadas, para ser vividas, sufridas o disfrutadas, da igual.

Y entonces podemos abrir la puerta y dejar entrar a quien llama, darle una oportunidad, darnos la oportunidad a nosotros mismos también. Estar para el otro y esperar la misma acción de vuelta.

Entonces ella atraviesa la puerta luciendo las últimas prendas que yo le regalé, las mismas que nunca pude verle vestir como ahora. Y luego el destino desenfunda su arsenal y lo dispara todo sobre mis hombros, sin cuartel, sin piedad.

Es ahí cuando el pasado y el presente se funden en una sola imagen, una de esas que te roban un par de lágrimas sin siquiera tener el poder de

evitarlas: Cameron cruza la puerta con sus doce años por delante.

Enérgico y un tanto altanero, todo un Cannister, viste una camiseta azul, tan azul como la de aquellos días recién recordados. Me sonríe, me abraza, me pregunta por mis viajes del trabajo (esos que usó Sandra para ocultar nuestra distancia).

–Espero no te molestes –dice luego, saliendo por la puerta, como buscando algo olvidado; –pero traje a alguien conmigo.

¡BUM! El destino ha hecho de las suyas conmigo, con él y con Sandra también.

Vuelvo la mirada hacia Cameron y noto que no está solo. Vistiendo camiseta verde, delgado, muy blanco y pelirrojo, fue lo primero que pude notar del invitado que yacía junto a él, con la mirada un tanto cabizbaja.

Volviendo la mirada nuevamente hacia su acompañante, noto que también me mira. Un dulce tono ámbar le decora, de manera casi mágica, el color de sus miradas.

No es la primera vez que vislumbro tan peculiar mirada o tan brillante cabellera flameada. No es la primera vez que, ante la voz de un alguien, sentía perdida mi razón de ser, de estar, de pertenecer.

−Luca. Mi nombre es Luca. Es un placer conocerlo.

Maracaibo, marzo de 2019